

# El crucero de la chatarra rodante

F. Scott Fitzgerald



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*



## El crucero de la Chatarra Rodante

Fitzgerald, F. Scott.

Novela

Se reconocen los derechos morales de Fitzgerald, F. Scott.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

El sol, que había estado golpeando ligeramente mis párpados cerrados durante una hora, me aporreó de repente los ojos con potentes y cálidos martillazos. La habitación quedó inundada de luz, y las diluidas frivolidades del empapelado lloraron el florido triunfo del mediodía. Desperté en Connecticut y volví a la normalidad.

Zelda estaba despierta. Obvio, pues al cabo de un instante entró en mi cuarto cantando a voz en grito. Me gusta escuchar a Zelda cuando canta bajito, pero cuando lo hace gritando suelo ponerme yo a cantar también a gritos, para defenderme. De modo que empezamos a cantar una canción que hablaba de galletas. La canción contaba que allá en Alabama la gente desayuna galletas, lo cual hace que todos sean muy guapos y agradables y alegres, mientras que aquí, en Connecticut, todo el mundo come huevos y bacon y tostadas, lo cual hace que sean todos muy ceñudos y aburridos y desdichados, en especial cuando son personas que de pequeños fueron criados a base de galletas.

De manera que al final la canción terminó, y le pregunté a Zelda si le había pedido a la cocinera...

—Ni siquiera sabe qué es una galleta —me interrumpió quejumbrosamente Zelda—, y, en fin, ojalá pudiese al menos comerme unos melocotones.

Entonces se me ocurrió una idea alocada y de un brillo espectacular.

—Me vestiré —dije con voz afónica—, bajaremos y nos meteremos en el coche, que por lo que veo quedó ayer noche abandonado en el patio, pues te tocaba a ti el turno de guardarlo, pero estabas demasiado ocupada para hacerlo. Nos sentaremos en el asiento delantero, y nos iremos hasta Montgomery, Alabama, y allí comeremos galletas y melocotones.

Me quedé muy satisfecho en cuanto comprobé que ella estaba todo lo impresionada que yo esperaba. Pero se limitó a mirarme fijamente, fascinada, y dijo:

—No podemos. Ese coche no llegará tan lejos. Además, no deberíamos hacerlo.

Comprendí que esto no eran más que simples formalidades.

—Galletas —dije en tono insinuante—. ¡Melocotones! Rosados y amarillos, succulentos...

—¡No sigas! ¡No!

—Un sol cálido. Les daremos una sorpresa a tus padres. No les escribiremos avisando que vamos para allá, y así, dentro de una semana, podemos frenar delante de la puerta de su casa y decir que, como en Connecticut no encontrábamos comida, hemos decidido bajar hasta allí y zamparnos unas gall...

—¿Estaría bien el hacerlo? —suplicó Zelda, exigiendo estímulos imaginativos.

Comencé a trazar un cuadro etéreo en el que nos deslizábamos hacia el sur por los centelleantes bulevares de muchas ciudades, y luego por tranquilos caminos y fragantes valles cuyas ramas de madreSelva nos enredarían el cabello con sus blancos y dulces dedos, para más adelante entrar en polvorientos pueblos rurales, en donde, con ojos asombrados, pintorescas jovencitas de anchos sombreros de paja contemplarían nuestro paso triunfal...

—Sí —objetó ella pesarosa—, si no fuera por el coche.

Y es así como llegamos a la Chatarra Rodante.

La Chatarra Rodante nació en primavera de 1918. Era de la altiva marca Expenso, y durante su infancia costaba algo más de tres mil quinientos dólares. Por supuesto, aunque nominalmente fuese y se esforzara por ser todo lo Expenso que su nombre indicaba, de forma extraoficial era la Chatarra Rodante, y era en esta segunda forma como la habíamos comprado varias veces. Una vez cada cinco años, aproximadamente, algunos fabricantes sacaban una Chatarra Rodante, y los vendedores, sabedores de que somos del tipo de personas a las que hay que venderles las Chatarrras Rodantes, venían a vernos inmediatamente.

Pues bien, esta Chatarra Rodante en particular dio lo mejor de sí misma antes de llegar a nuestras manos. Más concretamente, una vez se le rompió el espinazo y la reparación no fue del todo satisfactoria, y los problemas resultantes hacían que cojeara marcadamente hacia un lado; también padecía diversas dolencias estomacales de tipo crónico, así como astigmatismo de ambos faros. No obstante, a su horripilante y tranqueteante modo, era un automóvil rapidísimo.

En cuanto a sus apéndices, la pobre Chatarra Rodante había cuidado tan poco de sí misma que prescindía de todas las herramientas con las solas excepciones de un decrepito gato y una manivela que, adecuadamente aplicada, podía llevar a efecto la sustitución de una rueda con el neumático pinchado o deshinchado por otra con el neumático en buen estado.

A fin de compensar tales desventajas, que producían en conjunto un efecto de debilidad general, era un Expenso, con su nombre en la chapita del morro, y eso sólo ya era motivo suficiente para sentir orgullo. Zelda dudó. Se sintió deprimida. Se sentó en mi lado de la cama e hizo algunos comentarios negativos acerca del coste de un viaje así y el hecho de abandonar la casa por tanto tiempo. Finalmente se levantó y se fue sin añadir ningún comentario, y al poco rato oí el ruido de una maleta sacada a rastras de debajo de una cama.

Y así fue como empezó. Media hora después del nacimiento de la Idea ya estábamos avanzando parsimoniosamente por una carretera campestre de Connecticut, bajo el sol de julio. En el asiento de atrás se amontonaban tres grandes bolsas de viaje, y las manos de Zelda sostenían un mapa de diez centímetros de lado, arrancado de un folleto de la More Power Grain and Seed Co. Este mapa de los Estados Unidos, junto con las dos tristes herramientas y unas gafas a las que les faltaba el cristal de uno de los ojos, era todo el material de que disponíamos para el viaje.

Paramos en Westport al llegar a nuestra gasolinera favorita, y nos cargaron de los líquidos corrientes, bencina, agua y aceite de enebro... ¡Oh no! Estaba pensando en otra cosa. Durante este proceso, cierto número de individuos se fijaron en las bolsas de viaje y se agruparon en torno al coche, y nos oyeron comentarle al proveedor de líquidos que nos íbamos de gira hasta Alabama.

—¡Caray! —exclamó uno de los mirones en tono atemorizado—. ¿No cae eso allá por Virginia?

—No —repliqué con frialdad—. No está en Virginia.

—Alabama es un estado —dijo Zelda, dirigiéndole lo que podríamos calificar de mirada malévola—. Yo nací allí.

El personaje de intereses geográficos se tranquilizó.

—Bien —dijo alegremente el encargado de la gasolinera—, ya veo que piensan quedarse allí toda la noche.

Señaló las bolsas.

—¡Toda la noche! —exclamé apasionadamente—. Pero si se tarda toda una semana en llegar.

El encargado de la gasolinera se llevó tal sobresalto que se le escapó el tubo del surtidor y se mojó los zapatos de gasolina.

—¿Quiere decir que piensan ir con esta Chatarra Rodante a un sitio que está a una semana de camino?

—Ya me ha oído decir que vamos a Alabama.

—Sí. Pero antes había creído que eso era el nombre de un hotel de Nueva York.

Algunos de los mirones comenzaron a reír por lo bajo.

—En cuál de las mitades del coche piensan viajar —dijo una voz detestable—, ¿en la de arriba o en la de abajo?

—Les desafío a una carrera hasta allí, ustedes con ese cacharro y yo con el carro de la leche.

—¿Qué piensan hacer, dejarse bajar por la pendiente?

La atmósfera resultaba cada vez más irrespirable. Lamenté que no nos hubiésemos limitado a decir que íbamos a Nueva York por la ruta postal. No era fácil, sin embargo, darse aires en presencia del encargado, pues había sido el médico de cabecera de

nuestra Chatarra Rodante durante varios meses, y nos miraba meneando solemnemente la cabeza. Por fin, en tono de funeral comentó:

—¡Que Dios les ampare!

Metí la primera.

—¡No se preocupe! —repuse secamente.

—Será mejor que cambien la carrocería y pongan otra en forma de ataúd.

Levanté el pie del embrague, con intención de salir disparado y alejarme veloz y triunfalmente de esta desagradable escena, y atropellando de paso a varios de los integrantes de aquel creciente gentío. Por desgracia, la Chatarra Rodante eligió justo ese momento para soltar un estornudo y echarse a dormir.

—Este coche sabe lo que se hace —comentó el mecánico—. Tanto hablar de «Alabama»... Es como pedirle a un asilo de ancianos que forme un equipo de rugby.

A estas alturas yo ya había conseguido engatusar al motor y arrancarle un sonoro aunque irregular cacareo, y con un tremendo gruñido salimos al galope por la ruta postal de Nueva York.

Si yo fuese Mr. Burton Holmes, ahora pondría aquí una descripción de todos los sitios por donde pasamos entre Westport y Nueva York; contaría que en uno de los lugares que vimos todos los aborígenes usan sombreros azules y trajes entallados, y que hay otro lugar en donde no llevan ningún tipo de traje, sino que se pasan el día nadando al sol en un viejo socavón enlodado, a apenas cien metros de la carretera. El lector encontrará datos y detalles de tales lugares en cualquier guía automovilística, junto con el número de habitantes y centros de interés, así como instrucciones para entrar torciendo a la izquierda y salir torciendo a la derecha. Demos todo eso por sabido: la parte instructiva de esta crónica empieza algo más adelante.

Había, lo recuerdo, una pista de carreras cerca de Nueva York, o tal vez fuese un aeródromo, y muchos puentes muy altos que conducían a alguna parte, y luego llegaba la ciudad. Calles, muchedumbres poblando esas calles, una leve brisa, y un chapoteo y una pleamar y un torbellino de caras, como la punta blanca de mil olas, y coronándolo todo, un rumor intenso y cálido.

A nuestro lado fueron pasando policías enormes con los rasgos de Parnell, De Valera, Daniel O'Connell, policías gigantescos con los rasgos de Mr. Mutt, de Ed. Wynn, del ex presidente Taft, de Rodolpho Valentino, rasgos graves, rasgos regordetes, rasgos melancólicos, todos iban deslizándose a nuestro lado como mojonos azules, y después iban empequeñeciéndose y achaparrándose, y escalonándose en fila descendente como un boceto de una lección de perspectiva. Después la ciudad misma se alejó de nosotros, y quedó atrás, y nosotros, vibrando involuntariamente al unísono con el transbordador de Jersey, sentimos pena por todas las caras que habíamos dejado atrás, casi hubiésemos podido llorar por ellas pues no iban a poder saborear el sol que nosotros saborearíamos, ni iban a poder comer las

galletas ni los melocotones, ni seguir las blancas carreteras desde el amanecer hasta la salida de la luna... Ser joven, viajar rumbo a las lejanas colinas, ir hacia el lugar en donde la felicidad colgaba de las ramas de un árbol, como un anillo que atrapar, como una luminosa guirnalda que conquistar... Todavía era algo que se podía hacer, pensábamos nosotros, un refugio contra la monotonía y las lágrimas y la desilusión propias del mundo estacionario.

## II

En la otra orilla del río eran las cuatro en punto. La marisma en la que flota Jersey fue quedando atrás, seguida de cerca por las tres ciudades más feas del mundo. Nos metimos por la cinta amarilla de una carretera que discurría bajo uno de esos soles tímidos con los que tanto he llegado a familiarizarme durante los cuatro últimos años: soles hechos para brillar en la esbelta belleza tostada de las pistas de tenis y en las verdes calles de luminosos campos de golf. Eran sobre todo soles de Princeton, esa ciudad blanca y gris y verde y roja en donde la juventud y la ancianidad alimentan, año tras perezoso año, sus respectivas ilusiones.

Nosotros seguimos la cinta amarilla. El sol se recortó en figuras trigonométricas, se convirtió en una nube luminosa, y de repente desapareció. De New Brunswick, de los Deans, de Kingston, emergió el crepúsculo. Aldeas anónimas en la penumbra volvían hacia nosotros los dispersos cuadrados amarillos de sus ventanas, y más adelante los cielos oscuros comenzaron a inclinarse sobre la carretera y los sembrados, y supimos que nos habíamos perdido.

—Mira a ver si hay alguna torre —le dije a Zelda—. Eso será Princeton.

—Está demasiado oscuro para ver nada.

En un cruce, un poste indicador estiró sus blancos brazos de fantasma. Paramos y en cuanto nos apeamos encendí una cerilla. En la oscuridad, cuatro nombres nos miraron durante unos instantes. Sólo uno de ellos nos resultaba familiar: Nueva York, 45 kilómetros. Esto supuso un alivio: como mínimo seguíamos alejándonos de Nueva York; aunque no se podía excluir otra posibilidad, muy deprimente: que estuviésemos regresando a Nueva York. Al menos no estábamos en Nueva York, ni al otro lado de la ciudad, aunque de esto último no me sentía muy seguro.

Me volví hacia Zelda, que disfrutaba plácidamente de la mesa puesta del cielo:

—¿Qué podríamos hacer?

—La verdad es —contestó al final— que el mapa de la More Power Seed Company no nos sirve de nada porque en toda esta parte de New Jersey sólo tiene un gran círculo blanco en donde dice: «Todos los agricultores de esta zona usan More Power Seeds».

—Son más de las nueve.



—Mira qué luna —dijo ella, señalando ávidamente—. Es...

—Sí, pero tendríamos que llegar a Princeton, y cenar y dormir allí.

—¿Cómo pudiste estudiar cuatro años en Princeton y no recordar ahora los nombres de los pueblos de sus alrededores?

—Hasta donde yo sé, estos pueblos podrían ser vecinos de Atlantic City, los suburbios o algo así. ¡Escucha! ¡Caramba, pero si estamos cerca del mar! ¿Oyes las olas...?

Y nos pusimos a reír. Las olas, suponiendo que fuesen olas, gemían cerca de nosotros. En la oscuridad, en plena oscuridad aterciopelada, reíamos a carcajadas, y la vaca, haciendo una garbosa reverencia y dando un gatuno brinco, se alejó galopando a jugar con el océano, al otro extremo del pastizal. Luego hubo silencio, con la sola excepción del regular lamento del motor de la Chatarra Rodante, y nuestras voces, calladas y débiles ahora, como bien educadas conciencias.

—¿Crees en serio —el tono de Zelda era sinceramente curioso— que estamos cerca de Atlantic City? Si así fuese, me encantaría ir hacia allí.

La vaca mugió de nuevo, lejos; sin pedir disculpas, la luna pasó detrás de una nube. Subí de nuevo a la Chatarra Rodante y empecé a notar una marcada inquietud.

—Podríamos acampar aquí —dijo Zelda en voz soñadora.

—Excelente idea —dije—. Pondré el coche boca abajo, y dormiremos debajo.

—También podríamos hacernos una casa aquí —sugirió ella—. Saca las herramientas necesarias, y construye una casa. Aunque no sé si se puede construir una casa contando sólo con una manivela... Claro que también tienes el gato...

Zelda inició el canto de un himno religioso, confiando en lograr así la intervención divina. Luego abandonó esa idea y se puso a cantar el Memphis Blues. La canción, sin embargo, no produjo el más mínimo efecto en los implacables cielos, de modo que seguimos carretera adelante en busca de una casa. Decidimos que, en caso de que encontrásemos alguna que no tuviera el aspecto inconfundible de madriguera de algún delincuente o de vivienda de una bruja, pararíamos a pedir que nos orientasen. Si, casualmente, la casa elegida resultaba ser un lugar desagradable, yo fingiría que la manivela era un revólver, y de este modo lograríamos tomar las riendas de la situación.

Pero no nos paramos en ninguna casa porque en cuanto hubimos recorrido unos cien metros llegamos a un puente de piedra bajo el que discurría un riachuelo. La luna salió y, en medio de la plateada tranquilidad, vimos el serpenteante curso del Stonybrook al pie de unos olmos de Corot. Nos encontrábamos apenas a un kilómetro de Princeton. Cruzamos el puente acompañados de un solemne retumbar, pasamos frente al cobertizo gótico en donde los botes dormían sus sueños de junios antiguos, subimos la breve cuesta boscosa, y nos encontramos con Princeton, tan dormido como si el general Mercer aún tuviese que retorcerse en su memorable colina bajo una bayoneta británica.

Nassau Street era un lugar desolado: demasiado temprano para que los colegios hubiesen echado por allí sus montones de ambiciosos, holgazanes y tontos; y el Nassau Inn estaba casi tan a oscuras como su viejo compinche, el Nassau Hall, situado justo enfrente.

Al entrar descubrí a Louie, robusto y escéptico, al otro lado del mostrador; Louie, que confía sin tener fe. Su tragedia consiste en haber visto cómo se oscurecía este famoso bar, apoyado en cuyo mostrador Aaron Burr bebió en tiempos el vino de la conspiración, y en donde diez generaciones de padres e hijos habían vivido sus parrandas, mas en donde ahora, ay, esas paredes forradas con la madera tallada de cien mesas inmemoriales, ya no repite el eco de la canción rabelesiana.

—Oh tú, el que ya no puede sorprenderse —le dije a Louie—, proporcióname habitación y baño para el que suscribe y esposa. Viajamos hacia el ecuador en busca de exóticos alimentos, pero dormiremos una noche más bajo un techo arrio antes de mezclarnos con razas humanas tan extrañas como las de los tasmanos, gente con cola de algodón, y los pigmeos.

No me reconoció Louie, aunque adivinó que antiguamente yo había formado parte de los elegidos. Aceptó darme una habitación, y me dijo en susurros que la ciudad y su universidad estaban calladas como muertos. Nos dejamos ir hasta el garaje, en donde el moreno que trabajaba de vigilante pareció, para mi dolor, tomar nuestra llegada como si fuera lo más normal. De hecho llegó a decirme que, previo pago de una suma puramente nominal, podía dejar el coche allí durante toda la noche.

Regresamos al Nassau Inn bajo una amable y animada lluvia, y durante toda la noche el agua tranquila siguió cayendo sobre la azul pizarra del tejado, y el aire se mantuvo siempre suave y húmedo.

### III

Luego amaneció y, con la lluvia, la hierba de los céspedes universitarios se puso muy verde. Una hierba recortada y cuidada, como un lago terso y fresco del que emergían castillos grises de estilo tardogótico que terminaban desdibujándose en el gris del cielo. Había docenas de tales islas graníticas en los grandes lagos de hierba: algunas de ellas suspendidas sobre terrazas que parecían enormes olas estáticas; otras, ensartadas en graciosos istmos y penínsulas insinuados aquí y allá y que a la larga se unían con otras penínsulas por medio de claustros que, a modo de puentes, salvaban los tramos de aguas verdes, muy verdes.

A las nueve y media el sol proyectó sus rayos sesgados sobre Nassau Hall, y, al entrar en el lujoso garaje, preguntamos por la salud de la Chatarra Rodante.

El mecánico la contempló con escepticismo.

—¿Van lejos?

No repetí el error cometido en Westport.

—A Washington.

—Bueno —dijo con lentitud—, inténtenlo si quieren, pero no me jugaría mucho a que van a llegar...

—Nadie ha hablado de apuestas —repliqué entre dientes.

—... porque nunca me juego dinero cuando hay tanto riesgo de perderlo. Puede que lleguen, y puede que no.

Recibida esta información, me monté sobre la manivela de arranque y el garaje se llenó de un estruendo y un clamor considerables. Pronto navegábamos Nassau Street abajo, camino de Trenton.

El perezoso ladrillo rojo de la escuela de Lawrenceville dormía al sol cuando nosotros pasamos frente al edificio. Miramos el mapa de la marca de semillas, pero cuando comprobamos que Trenton se encontraba sepultado por las palabras «More Power Seeds», le tiramos el mapa a un cerdo que trotaba animosamente camino de Princeton, evidentemente dispuesto a ingresar en el primer curso de alguna facultad.

En Trenton cometimos el primero de nuestros errores graves. Tras habernos desprendido del mapa de los Estados Unidos con la publicidad de las semillas, mapa que, pese a sus lagunas, nos daba al menos cierta idea de la dirección en que íbamos,

nos compramos la Guía para Automovilistas del doctor Jones. A partir de este momento, la cadencia de la prosa del doctor Jones estuvo resonando todo el día en nuestros oídos; y los misterios de sus kilometrajes, sus conocimientos de folklore, y finalmente su capacidad para enumerar todas sus conclusiones del derecho y a la inversa, se convirtieron para nosotros en un espíritu demoníaco tan infalible como el Papa.

Para empezar, el texto nos remitía a tres índices, y a partir de las pruebas combinadas que nos proporcionaban todos ellos descubrimos que Filadelfia se encontraba más o menos a mitad de camino entre Nueva York y Washington, dato que yo sospechaba desde hacía mucho tiempo. A este descubrimiento le siguió una prolongada búsqueda: «Déjame mirar a mí». «Espera un poco... Hace horas que lo tienes tú». «No es verdad. ¡Si hace un instante que me lo has dejado!». «Oh, de acuerdo, pero no sigues bien las instrucciones». Y seguimos así, hasta que hicimos otro descubrimiento: lo primero que había que hacer era ir al pasitrote por la izquierda de la carretera.

—¿Qué significa «pasitrote»? —preguntó Zelda.

—¿«Pasitrote»? Supongo que querrá decir meterle gas a fondo y derrapar en las curvas.

Zelda me miró solemnemente.

—Creo que quiere decir ir en segunda.

—En realidad significa que hay que ir dando vueltas y más vueltas, trazar grandes círculos para lograr salir de cada sitio.

—Quizá quiere decir que hay que dar brincos o algo así. Además, ¿cómo vamos a averiguar si la Chatarra Rodante puede ir o no al pasitrote? A lo mejor sólo pueden ir así ciertos coches especiales.

Ignoro si el procedimiento que seguimos para salir de Trenton merece o no el nombre de pasitrote. Zelda sostenía el libro del doctor Jones en su regazo, e iba dándome instrucciones y diciéndome que girase cada vez que alcanzábamos —y a veces justo después de pasar— un cruce. Al poco rato, la página que explicaba la forma de ir de Trenton hasta Filadelfia se rasgó y salió volando, de modo que pasamos a la página que explicaba cómo ir de Filadelfia a Trenton, y la leímos en orden inverso, lo cual era casi lo mismo. Casi, pero no exactamente lo mismo, porque una vez dimos media vuelta completa y, no sé muy bien cómo, iniciamos el regreso hacia Trenton. Por suerte, esa página también se desprendió del libro, nos fue sustraída por el viento, y llegamos a Filadelfia siguiendo el método ortodoxo, a saber preguntándoles a los sabios que suelen sentarse a la puerta de las tiendas de las aldeas, y que, a cambio de dar informaciones capaces de despistar al mejor piloto, cobran una comisión de los fabricantes de neumáticos.

El día era aún un muchacho imberbe cuando entramos en el lugar donde nació Benjamín Franklin... ¿o era William Penn?

Justo cuando desembarcábamos del coche, una patrulla de policías cargó contra nosotros y nos informó que esa calle era de una sola dirección, pero que en cualquier momento podían cambiarla y ponerla como calle de otra dirección, en cuyo caso tendríamos que quedarnos allí toda una semana, momento en el cual volverían a cambiarla para ponerla como calle de una sola dirección. En fin, que nos fuimos a una calleja sin reglamentación alguna. Rondaba por allí un tipo astroso, y en cuanto logré captar su mirada, la cual era, por cierto, tan movediza que me pareció casi irrecuperable, le dije que dejábamos en el coche un equipaje valiosísimo, y que le estaríamos muy agradecidos si le comunicaba a todo aquel que pasara por allí que nos hiciera el favor de no llevárselo. Nos dijo que de acuerdo, y nos fuimos.

Después de comer regresamos a la calleja. Todo estaba tal como nosotros lo habíamos dejado, con la sola excepción del hombre de la mirada movediza, que había desaparecido. Lo cual me pareció sorprendente, pero justo cuando iba a poner el motor en marcha oí una voz que hablaba desde una ventana próxima.

—Oiga, señor. —La cara de quien hablaba estaba ennegrecida por el pelo y la mugre—. Ya puede llevar ese cacharro a que le den un buen trago de gasolina. Se lo merece.

Naturalmente, creímos que se trataba de otra de esas bromas de mal gusto que tan de moda se estaban poniendo en Connecticut. Pero nos equivocábamos.

—Lo que le digo, señor. Hace menos de una hora que le ha hecho un gran favor. Se lo merece.

Le miré con gesto ceñudo.

Se asomó un poco más por la ventana y mientras hablaba pude ver claramente el brillo de la mugre en su cara.

—Había un tipo de ojos idos que estuvo figoneando alrededor de su cacharro un buen rato, y luego agarró esas bolsas que lleva usted ahí y empezó a mirar calle arriba y calle abajo, y entonces comenzó a caminar, muy cautelosamente, hasta que, de golpe, ¡bang!. Y el tipo pegó un brinco y gritó: «¡No disparen!» y se largó calle arriba como si toda la policía estuviera corriendo en pos de él.

—¿Le disparó usted? —preguntó Zelda.

—¿Yo? No. Fue el coche, un reventón.

Me apeé. ¡En efecto! El neumático trasero derecho estaba de rodillas.

—¿Nos han robado el neumático? —preguntó Zelda con ansiedad.

—No. Se nos ha reventado. Está sin una gota de aire.

—Ah. Pero tenemos otro, me parece.

Lo teníamos. Se llamaba Lázaro. Estaba cicatrizado, y le habían hecho incontables operaciones en la vejiga. Sólo lo usábamos para ir hasta el garaje más próximo cuando

alguno de los otros cuatro quedaba inhabilitado. Al llegar al garaje, teníamos por costumbre hacer que nos reparasen el neumático inhabilitado y que volvieran a colocarlo. Luego, Lázaro volvía al porche trasero, para seguir dormitando allí.

Al cabo de veinte minutos conseguí encontrar el gato y elevé aquella ruina chirriante del suelo, apenas diez centímetros. Entretanto, Zelda fue apoyándose con frases tan valiosas como «Si no te das un poco de prisa, no habrá modo de llegar a Washington antes de que se haga de noche». O, «Podrías haber dejado el gato bajo el asiento de atrás, así no tendría que estar levantándome a cada momento». Cuando logré reemplazar el neumático reventado por la rueda a la que Lázaro vivía aferrado, Zelda se encontraba en un lamentable estado de depresión.

Finalmente logramos salir despacito de la calleja y comenzamos a buscar un garaje por los alrededores. Un policía nos proporcionó detalladísimas informaciones, con muchas referencias al este y al oeste, y cuando le dije que me había olvidado la brújula en casa pasó a interpretar su propio texto en términos de izquierdas y derechas. Fue así como al final terminamos por llegar a una localidad que me pareció extrañamente familiar, y en la que me puse a tocar el claxon tan pronto como nos detuvimos ante el «Garaje Familiar Bibelick».

—¿Ves lo que yo veo? —dijo Zelda en tono atemorizado—. La calleja que está detrás de este edificio debe de ser el lugar de donde venimos.

Pues del garaje salía a recibirnos nuestro último conocido, el hombre cuyo rostro estaba ennegrecido de pelo y mugre.

—¿De vuelta? —gruñó cínicamente el tipo.

—Podría habernos dicho que esto era un garaje —repliqué algo acalorado.

Mr. Bibelick me lanzó una mirada belicosa.

—¿Y cómo iba yo a saber que buscaban ustedes un garaje?

—Quiero reparar el neumático.

—Y necesitamos tenerlo pronto —añadió Zelda—, porque vamos a...

—Sí —la interrumpí apresuradamente—. Tenemos que salir enseguida hacia las afueras. Póngale una cámara nueva al neumático, hínchela y vuelva a colocar la rueda.

Tras un alegre ataque de maldiciones espasmódicas, Mr. Bibelick se puso manos a la obra. Sacó el neumático herido y me mostró despectivamente un gran agujero en el que yo no me había fijado. Asentí con timidez cuando afirmó que tendría que poner un neumático nuevo. Mientras él llevaba a cabo la imprescindible sustitución, Zelda y yo nos divertimos bautizando a los demás neumáticos. A los dos delanteros les pusimos Sansón y Hércules, por su relativa buena salud. El eje trasero iba vigilado, a su derecha, por el anciano Lázaro, mientras que a su izquierda velaba una cosa de caucho mulato y edad indeterminada en la que, sin embargo, depositamos considerable confianza. Tenía un salpicado de pecas, pero estaba libre de moretones. Yo era partidario de llamarlo Matusalén, pero por motivos inescrutables Zelda le puso Santa

Claus. A Santa Claus le estaba reservada ese mismo día una aventura tan grotesca que, de haber gozado de visión premonitoria, lo hubiéramos bautizado con un nombre muy distinto.

Al neumático nuevo que nos pusieron atrás lo bautizamos con el nombre de Daisy Ashford. En ese momento Mr. Bibelick anunció con un vigoroso estallido de expectoraciones que había terminado su trabajo. A estas alturas yo ya tenía la sensación de haber vivido muchos días en Filadelfia, y que la Chatarra Rodante se había convertido en una casa que ya no volvería a rodar nunca más, y que lo mejor que podíamos hacer era establecernos allí y poner un anuncio por si alguien quería un cocinero y una doncella.

—¿Qué hago con la cámara vieja? —preguntó burlón Mr. Bibelick—. Puedo meterla en el coche y les servirá de salvavidas si se ven metidos en una riada.

—No se preocupe —replicó Zelda, tan movediza que su sola visión hubiese hecho las delicias de san Vito—. Meta la goma en moldes rectangulares y véndala como chicle.

—¿Hay agua suficiente? —pregunté.

Respondiendo en apariencia a mi pregunta, pero mirando a Zelda y refiriéndose a su intervención, Mr. Bibelick dijo:

—Si se queda sin, use la que lleva ella. No tiene otra cosa en el cráneo.

La frase era tan indescriptiblemente ruin que puse el motor en marcha y llené el aire de azules y humeantes vapores. Poco después dejamos Filadelfia a nuestra espalda y comenzamos a correr por las blancas carreteras de Delaware.

#### IV

Al sur de Brandywine zigzagueamos a lo largo de una carretera cercada de ciruelos en flor y arboledas blancas como la nieve. Más allá de los huertos el sol comenzaba a descender por el oeste. Se quedó planeando a media altura, perfilando en siluetas grises con fondo dorado antiguas casas señoriales holandesas y graneros de piedra que ya habían sido erigidos allí cuando Cornwallis, calzado con sus brillantes botas negras, salió de una ciudad desmoronada para darles un imperio a un grupo de campesinos armados; e incluso antes, cuando el temerario Braddock murió lanzando una blasfemia de postín en un bosque que escupía llamas. Seguimos avanzando hacia el sur, cruzando riachuelos por largos puentes grises, camino de Havre de Grace, esa orgullosa y anciana dama con las manos cruzadas que, en susurros propios de quien tuvo alta dignidad, insinuaba que en tiempos remotos fue una de las candidatas a ser capital de la nación.

Pero en lugar de casarse con un presidente lo hizo con un fontanero, y el fruto de la unión fue un gran anuncio que se balanceaba con flagrante vulgaridad sobre la calle por la que entramos nosotros, como un mendigo que tiende su gorra pidiendo unas monedas.

Luego atravesamos Maryland, el estado más adorable, con la carretera cercada de vallas blancas. Maryland, el estado de Charles Carroll de Carrollton, de la Annapolis colonial y sus floridos brocados. A estas alturas, todos y cada uno de sus campos todavía parecen el césped de una casa solariega, y todas las calles mayores de sus pueblos son un mercado de caballos en el que resuenan ecos de los chistes de los cafés londinenses y el rico tintineo de las espuelas de St. James Street: chistes y espuelas que fascinan especialmente a las guapas y los guapos de provincias debido, tal vez, a que les llegan con tres meses de retraso. Aquí nació el bisabuelo de mi bisabuelo (lo mismo que mi padre), en una granja situada no lejos de Rockville y llamada Glenmary. Y, cuando era pequeño, mi bisabuelo se pasó una mañana entera sentado en la cerca de la fachada, viendo pasar el río caudaloso de los batallones grises de Early, que trataban de tomar Washington por sorpresa en lo que fue la última gran amenaza de los confederados.



Seguimos viajando a través de bosques más bellos que los bosques azules que uno encuentra en Minnesota el mes de octubre, cuando sube la niebla, y campos tan verdes y frescos como los de Princeton en mayo. Nos detuvimos en una pequeña posada vestida con la maraña de la madre selva silvestre, y pedimos un cucurucho de helado y un emparedado de pollo. Descansamos sólo cinco minutos —ahora el sol nos rodeaba por todas partes— pues debíamos apresurarnos a seguir bajando y bajando, hacia el calor, hacia la dulce suavidad crepuscular, hacia el verde corazón del sur, hacia el pueblo de Alabama en donde nació Zelda.

Una vez dejada atrás la Posada de la Tranquilidad las carreteras eran maravillosas rarezas: un bulevar ininterrumpido que trazaba una cinta muy ancha por las altas colinas verdes, para dejarse luego caer simétricamente a través de soleados valles. Ya estábamos en pleno ocaso cuando entramos en las picantes calles de Baltimore, repletas de negros, y comenzaba a ser de noche cuando llegamos a Washington. El bulevar se fundió súbitamente con una calle de barrio residencial.

—¿No te ha parecido maravilloso? —exclamó alegremente Zelda.

—Maravilloso. Hoy hemos recorrido doscientos ochenta kilómetros. Y ayer sólo hicimos ciento veinte.

—¡Hay que ver lo listos que somos!

—Y hemos atravesado seis estados sin el más mínimo problema, aparte del pichazo de Filadelfia.

—Jamás me había ocurrido nada mejor —dijo ella en éxtasis—, y hemos estado al aire libre y me siento magnífica y sana y... estoy encantada de haber venido. ¿Cuántos días faltan para llegar allí?

—Oh, unos cinco... tal vez cuatro si somos muy rápidos.

—¿Podríamos? —preguntó Zelda—. Oh, intentémoslo mañana, sí. Todo eso que nos dijeron del coche era una tontería. Sólo pretendían fastidiarnos. ¿Por qué...?

—¡Basta! —exclamé temeroso—. ¡Basta...!

Pero ya era demasiado tarde. Habíamos tentado al destino con pasmosa temeridad: con súbitos truenos y estrépitos, el monótono zumbido del mundo se convirtió en un estruendo, el coche pareció romperse en pedazos ante nuestros propios ojos, y fue como si de repente estuviéramos tendidos en la calle, milagrosamente ilesos, pero siendo arrastrados por una calzada irregular, un enguijarrado que temblara furiosamente a nuestro paso. Y, sin embargo, no habíamos caído a la calzada —o eso al menos fue lo que nos dijeron ciertas reliquias de racionalidad— sino que seguíamos entre suaves almohadones de cuero, y el volante estaba todavía en mis manos. En el momento del desastre, un objeto luminoso había lanzado su destello contra nosotros mientras pasaba a velocidad de vértigo, un objeto extraño y sin embargo conocido, que pronto desapareció de nuestra vista.

Tras un período dolorosísimo e interminable de traqueteo furioso, el coche, o la pieza suelta del coche en la que seguíamos sentados, siguió avanzando con frenéticas sacudidas a una velocidad de treinta kilómetros por hora; intenté usar el freno de mano, pero se negó a funcionar. Por fin lo comprendí: la mitad trasera del coche se arrastraba por la calzada. Oí ciertos sonidos extraños e incoherentes emitidos por Zelda, y supuse que de un instante a otro me vería arrastrado hacia el cielo en lo alto de una columna de fuego, para ser ofrecido como holocausto de la gasolina.

Después, cuando debían de haber transcurrido un par de minutos al rojo tras el primer tirón de la catástrofe, la Chatarra Rodante, dando un horrible y final brinco, paró del todo.

—¡Baja! —le grité a Zelda—. ¡Baja! ¡Va a estallar!

En mitad del repentino silencio, el hecho de que ella no se moviera ni contestara, pues se limitó a emitir un extraño sonido como de llanto, pareció estar cargado de una significación siniestra.

—¡Baja! ¿No lo entiendes? ¡Ha saltado una rueda! ¡Esto va a estallar! ¡Baja!

De repente, mi nerviosismo se convirtió en ira. ¡Zelda estaba riendo! ¡A carcajadas! Una risa incontrolable hacía que se doblara por la cintura. Precipitadamente, la saqué del coche a empujones y, entre tirones y amenazas, me la llevé a cierta distancia.

—¡Santo Dios! —dije jadeando—. ¡Ha saltado la rueda! ¿No lo entiendes? La rueda, ¡ha desaparecido!

—¡Ya lo veo! —exclamó Zelda, retorciéndose de risa—. Desapareció por completo.

Enfurecido hasta el frenesí, le di la espalda. La Chatarra Rodante, temblando ligeramente, seguía allí, en ominoso silencio. Una cola de chispas se extendía tras ella a lo largo de unos ciento cincuenta metros. Impulsado no tanto por la voluntad como por la agitación, salí trotando como un perro descoyuntado en la dirección que habían emprendido la llanta y el neumático, que eran los bautizados con el nombre de Santa Claus. Tuve la sospecha de que a estas alturas ya habían llegado al Capitolio o le estaban anunciando nuestra tormentosa aparición al conserje del New Willard. Pero me equivocaba. Dos manzanas más allá me encontré a Santa Claus, tranquilamente tumbada de costado, durmiendo un sueño inocente y reparador, y, a primera vista, ilesa. En la oscuridad creciente, se habían congregado a su alrededor una docena de crios que primero miraron el neumático, y luego alzaron la vista al cielo, evidentemente convencidos de que Santa Claus era un cuerpo meteórico recién caído del Paraíso.

Me abrí paso, dándome importancia, hasta el centro del grupo.

—A ver —dije, en tono seco, eficaz—, esto es mío.

—¿Y quién dice lo contrario?

Me parece que los crios sospechaban que había estado haciéndola rodar, como si se tratase de un aro.

—Saltó del coche —añadí con cierta timidez, pues la excitación ya había desaparecido—. Me la llevaré.

Me la cargué sobre el hombro de la manera más digna que me fue posible ante la mirada de los crios, y regresé con paso tambaleante hasta la Chatarra Rodante, que cuando llegué estaba rodeada de una muchedumbre entusiasta.

Me puse al lado de Zelda y nos quedamos mirando, como los demás. El coche, con el eje posterior firmemente apoyado en la calzada, parecía una mesa de tres patas. De todos lados me llegaban los comentarios admirados de los vecinos de Columbia, que en su mayor parte estaban hasta hacía un momento tomando el fresco en el porche de su casa.

—Se le saltó la rueda, ¿eh?

—¡Caray! ¡Mira el coche, está torcido!

—Sí. Se le saltó.

—¿Ah, sí?

—¿Y la rueda, dónde está?

—Se le saltó.

—Salió volando calle abajo. Tendrías que haberla visto volar.

—Yo la he visto pasar. Era cosa de ver. ¡Caray!

—Y le he dicho a Morgan: «Mi puta madre, ¿ves lo que yo veo? Una rueda». Y Morgan me ha contestado: «Qué va». Y yo le he dicho: «Que te digo que sí. Una rueda. Sola».

—¿Qué ha pasado? ¿Se le saltó?

—Sí.

—Tendrías que haber visto el coche. De repente se ha oído un ruido tremendo, y Violet y yo hemos salido a mirar y hemos visto el coche sin rueda, pegando brincos, sabes, y venga saltar chispas por detrás, como si fuese un cohete.

—Y la señora que iba en el coche reía y reía sin parar.

—Sí. Yo también lo he visto. La mujer se reía.

—Pues le habrá parecido gracioso.

A estas alturas hubo alguien que se fijó en mí, modestamente emplazado en las afueras del corro, rueda en mano, y los mirones cambiaron de tono para mostrarse a partir de entonces más reticentes. Sus comentarios se limitaron desde ese momento a preguntar si se le había saltado la rueda al coche, y yo, muy educadamente, les expliqué a todos que, en efecto, se le había saltado. Y me miraron con recelo. Parecía reinar entre ellos la vaga sospecha de que era yo quien había organizado las cosas de modo que la rueda saltara. Nos quedamos un ratito charlando. De hecho, siendo yo el anfitrión, incluso hice correr un paquete de cigarrillos. Varias cerillas fueron encendidas, y todos los presentes examinaron el eje. Cada uno de ellos exclamó

«¡Caray!» con la entonación adecuada; y hubo incluso quien tuvo la amabilidad de inspeccionar el morro del coche y hasta probar si el claxon funcionaba.

—Al menos el claxon está bien —dijo, ante lo cual todos los presentes reímos con ganas, incluidos Zelda y yo. Ella parecía haber gastado todas sus carcajadas durante la tensión de la catástrofe, y en estos momentos percibí en su mirada cierta luz muy peligrosa. Se hubiera dicho que estaba midiendo la distancia que mediaba entre ella y el mirón más próximo.

—Creo que deberíamos hacer algo por ponerle remedio —dijo Zelda severamente.

—De acuerdo —repuse sin mucha fuerza—. Iré a una casa de por aquí y telefonaré a un garaje.

Zelda mantuvo su silencio amenazador.

—Pueden remolcarlo hasta el centro de Washington, sabes. —Me volví hacia la muchedumbre—. Supongo que habrá algún teléfono por aquí.

Como si esto fuese una señal preestablecida, la muchedumbre comenzó a desvanecerse. Como mínimo, se fueron todos los mirones que tenían teléfono, pues, cuando repetí mi comentario a media docena de personas que se quedaron, todos contestaron o bien que no tenían teléfono o que vivían al otro extremo de la ciudad. No sé por qué, pero me dolió. Pensé que yo siempre había dejado usar mi teléfono a los náufragos, incluso cuando eran desconocidos y llamaban a altas horas de la noche.

—¡Eh! —Uno de los supervivientes había acercado una cerilla encendida al eje—. Esto está perfectamente bien. De la cinta de freno no queda ni rastro, pero el tambor está bien. Levante el coche con el gato, meta la rueda, y ya está.

Era un joven, un soldado al que acababan de licenciar y que aún vestía parte de su uniforme. Sus palabras me animaron muchísimo. Todo lo relativo a la mecánica, empezando por clavar clavos y terminando por la dinámica aplicada, es para mí un oscurísimo secreto, y si este mismo accidente nos hubiese ocurrido en el centro del Sahara, me habría ido caminando hasta un garaje de El Cairo sin que ni por un momento se me ocurriese la posibilidad de reparar el coche y ponerlo de nuevo en marcha. Inspirado por el joven militar y por otro entusiasta mirón que se desprendió inmediatamente de la americana, me puse a buscar el gato. Diez minutos más tarde la Chatarra Rodante ya estaba entera otra vez, y como nueva, vista al menos con mis ojos de inexperto.

Agradecido pero azorado, aparté por turnos del grupo a cada uno de mis ayudantes e intenté pagarles al menos el tiempo que me habían dedicado, pero ninguno de los dos quiso saber nada de eso. El soldado repelió fácilmente mi intento; el otro se mostró ofendido.

—¿De qué diablos te reías tantísimo cuando este cacharro pegó el estampido? —le pregunté a Zelda cuando nos pusimos en marcha, a la conservadora velocidad de diez kilómetros por hora.

Recordándolo, Zelda volvió a sonreír.

—Mira... Resultaba tan ridículo que esa rueda enloquecida saliese disparada calle abajo, y que el coche comenzara a dar esos brincos y que tú pusieras esa cara de bobo mientras le pegabas tirones al freno de mano y gritabas todo el rato que el coche iba a estallar...

—A mí no me parecía en absoluto gracioso —repliqué envaradamente serio—. ¿Y si yo también me hubiese puesto a reír en lugar de tirar del freno de mano? ¿Dónde estaríamos ahora?

—Probablemente en el mismo sitio que ahora.

—Desde luego que no.

—Desde luego que sí. De todos modos, el coche se paró solo. Eso fue lo que dijo aquel hombre.

—¿Cuál?

—El soldado.

—¿Cuándo lo dijo?

—Cuando estábamos con él. Dijo que el freno de mano se desconectó automáticamente al saltar la rueda. No hubiese importado que te hubieras puesto a reír como yo.

—De todas maneras, desde el punto de vista lógico mi actitud fue la adecuada.

—Pero la que más se divirtió fui yo, y creo que hemos venido precisamente a divertirnos.

Descorazonado al ver que repudiaban con tanta facilidad mi heroísmo, frené delante del Willard, en donde se nos presentó inmediatamente un nuevo problema. ¿Nos dejarían entrar? No teníamos —sobre todo yo— el aspecto de los respetables clientes que acostumbran alojarse en los hoteles de moda. El efecto global que yo producía era el de una ruina humana, un paisaje en negro y gris. Mis manos eran sendos cuajarones de una agrisada mezcla de grasa y tierra, y mi rostro parecía el de un atrevido deshollinador. También Zelda iba cubierta de polvo y, de acuerdo con su criterio femenino, estaba infinitamente más impresentable que yo. Tuvimos que hacer acopio de todos nuestros arrestos para apearnos de la Chatarra Rodante ante la mirada despectiva del portero, y entrar en el hotel. ¿Entrar? Más bien zambullirnos. Atravesamos el vestíbulo como delincuentes perseguidos, llamamos urgentemente la atención de un atónito conserje, y tratamos de pedir disculpas.

—Acabamos de aterrizar... digo, de llegar, de Connecticut —declamé apasionadamente—. Queremos una habitación y un baño. ¡Quiero decir que queremos una habitación CON BAÑO!

Sentí la necesidad de dejar claramente sentado ante el conserje que no pertenecíamos al rebaño de los enemigos del agua, que bajo la crisálida de suciedad

se escondían dos maravillosas mariposas que emergerían tan pronto como pudieran aplicarse agua caliente.

El conserje repasó el registro con su zarpa. Noté que había que apremiarle un poco más.

—He dejado el Expenso ahí afuera. ¡Mi EXPENSO! —Le di tiempo suficiente como para que relacionara la idea del Expenso con la idea de una riqueza inagotable, y luego añadí—: ¿Hay algún garaje en Washington? Quiero decir, ¿hay alguno por aquí cerca? No quiero decir que si hay un garaje en el mismo hotel, sino cerca de aquí, me entiende. Verá, mi...

Alzó la cabeza y me contempló con rasgos desprovistos de toda emoción. Forcé los músculos de mi cara hasta hacer una mueca conciliadora. A continuación, el conserje llamó a un botones, y Zelda y yo nos dispusimos a ser ignominiosamente expulsados. Pero cuando finalmente habló el conserje, sus palabras fueron una bendición.

—La veintiuno veintisiete —dijo sin la menor histeria—. El garaje está una manzana más abajo, doblando luego la primera a la derecha. Reparar coches de todas las marcas.

Me apresuré a apoyarme sobre el mostrador y estrecharle la mano.

## V

Tal como saben la mayor parte de norteamericanos, Washington suele ser generalmente considerada como la capital de los Estados Unidos. Su población, incluidos los ministros de los gobiernos difuntos, alcanza según ciertos cálculos la cifra de... Pero me parece que lo mejor será relegar la parte formativa de este capítulo a un apéndice situado al final. Prefiero contar que despertamos entusiasmados, creyendo que Virginia —el auténtico Sur— estaba a sólo una hora de viaje. Pedimos que nos sirvieran un excelente desayuno-en-la-cama, pero esta alegría quedó malograda en cuanto nos enteramos de que no tenían melocotones. Zelda, que no había estado nunca en Washington, no tenía las menores ganas de ver monumentos, porque ver monumentos sólo es una actividad placentera para los que señalan y dan las explicaciones. Así que el primer lugar público que visité fue el garaje, en donde traté de enterarme de qué tal había pasado la noche la Chatarra Rodante.

—Buenos días —me dijo el encargado, un individuo con un parecido inconfundible con el Zar de Todas las Rusias—. ¿Es éste su... coche?

Temerariamente, reconocí que así era. El hombre meneó la cabeza, en un ademán más de tristeza que de ira.

—Si yo fuese usted —insinuó lúgubrementemente el Zar—, me libraría de él lo antes posible. Si pudiera, claro. En caso contrario, será mejor que se quede por aquí un par de semanas mientras le doy un repaso completo, le cambio las ruedas y los taquets, le libro de unos cuantos chirridos y gruñidos, le pongo faros nuevos, limpio a fondo los cilindros, compro cuatro neumáticos y mando que me traigan un eje para sustituir el que lleva, que está destrozado.

—Pero si tiene muy buen aspecto —comenté yo en tono persuasivo—. Dejando aparte la lista que me ha dado, todo lo demás está de primera.

—En fin —dijo el Zar en tono melancólicamente desesperado—, tengo a dos mecánicos trabajando desde las siete de la mañana. Le pondrán cintas de freno nuevas, porque en el accidente se quedó usted sin las que llevaba. Estará listo a las cuatro. Quizá.

—¡Las cuatro! Pero si tenemos que estar en Richmond esta noche.

—Mejor será que esperen —dijo el Zar—. Además, se le ha gastado la batería. No tenía agua.

—Bueno, eso lo puedo arreglar yo mismo. —Me acerqué a la batería y le propiné una violenta sacudida—. ¿Lo ve?

Ante el pasmo del Zar, la batería cobró vida. ¿Por qué? A mí que me registren. Sacudiéndola con fuerza a intervalos regulares, siempre volvía a funcionar durante una semana entera cada vez.

—De todos modos, fíjese en las ruedas. Mire ésa, la que tiene un remiendo de caucho. ¿O es que la lleva vendada con un pedazo de trapo?

—Ah, ¿se refiere usted a Lázaro? —pregunté cortésmente.

—...a quien sea. Yo hubiera dicho que era un neumático Goodstone. En fin, a esa rueda apenas le quedan unos cuantos radios. Cualquiera día se partirá. Es como llevar el coche apoyado sobre un huevo.

Aquí sí que me había pillado. Agarré la rueda y le di una buena sacudida, como a la batería, pero en este caso no obtuve ningún resultado. Los radios permanecieron rotos. También me pilló en lo de los taquets, lo cual distaba mucho de ser justo porque yo no tenía ni idea de qué pudiera ser un taquet. El Zar me explicó que había ocho en total, y que alzaban unas cosas llamadas válvulas. De haber tenido mi coche treinta y dos válvulas de ésas, o aunque sólo hubieran sido dieciséis, no habría sido grave: pero las válvulas de mi Chatarra Rodante eran muy especiales y con ocho taquets no tenían suficiente. Le pregunté al Zar si no podía añadirle ocho taquets más, pero él repuso que no se dedicaba a fabricar coches, sino a repararlos.

Después de haber hecho cuanto estuvo en mi mano por la Chatarra Rodante, dejé que el Zar se hundiera en la tremenda melancolía de los Romanoff, regresé al New Willard, y me encontré a Zelda, preparada e inquieta. Le transmití las lamentables noticias.

—Regresemos —sugirió ella enseguida—. No llegaremos nunca hasta ahí abajo. Nunca. Mejor será que demos media vuelta. Recuerda cuantísimo dinero nos estamos gastando. Hasta ayer eran setenta y cinco dólares. La estancia en Washington nos costará cincuenta dólares más. Total, que de los doscientos que teníamos sólo nos quedarán ochenta.

Le expliqué que el día anterior habíamos tenido que comprar un neumático nuevo.

—Y lo más probable es que tengamos que comprarnos uno cada día. Lázaro está a punto de reventar de puro viejo, y Santa Claus no resistirá otros cien kilómetros.

—Pediré al banco que nos remita un giro telegráfico a algún lugar de Carolina del Sur; ya verás como nos arreglaremos.

Zelda, que es una mujer asombrosamente ingenua, se quedó pasmada y contentísima al enterarse de que la gente envía dinero por vía telegráfica tan sin miramientos. Nos pasamos la mañana comprobando que el melocotón es una especie



tan extinguida en el norte de los Estados Unidos como el dinosaurio. Comenzamos a dudar que alguna vez hubiésemos llegado a comer melocotones. No obstante, creíamos haber visto antiguamente grabados en los que aparecían representadas unas niñas que los sostenían en sus manos, y sabíamos que la palabra, por mítica que fuese, había terminado por formar parte del idioma. Abandonando nuestra búsqueda, nos detuvimos ante un quiosco, en donde aliviarnos nuestra sed comprando postales de todas las iglesias de Washington y remitiendo mensajes piadosos a nuestros más irreverentes amigos.

Las cuatro en punto se deslizaron por Pennsylvania Avenue y nos saludaron a la puerta del garaje Romanoff; media hora más tarde habíamos sumado un traqueteo más al antiguo puente por el que, en una tarde de pánico y terror, huyeron los fugitivos de Bull Run, y enseguida nuestras ruedas comenzaron a rodar por el Old Dominion.

Soplaba un viento frío y fresco. Lentas y breves colinas ascendían en verde tranquilidad hacia un cielo infantil. Y ya comenzaban los paisajes prebélicos provistos de lunáticas cabañas habitadas por caballeros negroazulados y mujeres con delantales de calicó a cuadros blancos y rojos. El Sur: su brisa templada nos parecía muy agradable. Los árboles ya no echaban la flor con prisas, como si temieran que octubre comenzase a asomar por el calendario, y en los ademanes de sus ramas había la altivez ligeramente cansina de la mano de una gran dama. El sol estaba aquí como en su casa, y rozaba con cariño las desmoronadas ruinas de cosas antaño adorables. Cincuenta años después, todavía podíamos ver las chimeneas y los restos de las paredes que marcaban el lugar en donde se habían alzado viejas mansiones, que nosotros poblamos de agradables fantasmas. Aquí, bajo la alegre wistaria, floreció antaño la forma más dulce de vida: una vida sin parecido alguno con la de Long Island, con sus calles y sus prisas y su pobreza y su dolor, apenas a treinta kilómetros de distancia; una vida que transcurría en un imperio ilimitado cuyo radio era la distancia que podía recorrer un buen caballo a lo largo de una mañana, y cuya ley estaba moldeada solamente por la cortesía y el prejuicio y la pasión.

Y precisamente cuando tomábamos conciencia del pintoresquismo de Virginia, tomamos conciencia también de la insistencia con que esta región subrayaba ese pintoresquismo. Virginia parecía cultivar sus anacronismos y supervivencias, su leyenda de heroísmo derrotado y de impotencia frente a la vulgaridad del industrialismo, pero parecía hacerlo subrayándolo de una manera en exceso estridente. Pese a su maravillosa y brillante historia, su alma tenía un deje aflautado y chirriante.

A eso de las cinco llegamos a Fredericksburg. Intenté reconstruir la batalla de memoria —no estuve allí, pero había leído descripciones— y obtuve un triste fracaso. Localicé el río, la colina y la ciudad, pero todo había cambiado desde el final de la Guerra Civil, y nada de lo que veía me fue de ninguna utilidad. Un gárrulo gasolinero

nos dijo que su padre había participado en la batalla y nos dio una idea aproximada de la disposición de las tropas contendientes. Pero si lo que él nos dijo era correcto, todos los libros de historia yerran lamentablemente, tres docenas de generales cometieron perjurio, y Robert E. Lee defendió Washington.

Al llegar el ocaso nos zambullimos en los yermos, los yermos en donde los muchachos de Illinois y Tennessee y las ciudades del golfo dieron su vida y se quedaron durmiendo en los marjales y pantanos boscosos; sin embargo, sobre el ensangrentado campo de batalla no quedaban ahora más que el zumbido de las cigarras y el ondear de las viñas. La carretera comenzó a serpentear por entre charcas de aguas estancadas y marjales crepusculares, y cada vez que por un instante divisábamos una amplia panorámica de cielo abierto, éste había adquirido un tono azul más oscuro incluso que la vez anterior, al tiempo que la boca del siguiente tenebroso y gris conducto aparecía más densa y menos opaca. Finalmente salimos de un túnel verde para encontrar que eran las siete y media y se había hecho completamente de noche. Un extraño nerviosismo comenzó a embargarme, y al acercarnos a la siguiente arboleda conduje con infinito cuidado, consciente de estar cometiendo un acto de profanación, mientras que el grave zumbido de nuestro gran motor estallaba contra las ominosas paredes de follaje.

Fue justo este momento, cuando el peligro nos aguardaba a la vuelta de la esquina —ojalá no lo hubiese adivinado—, el elegido por Zelda para decir que quería conducir ella. Nos paramos en el primer claro y le cedí el volante.

Transcurrieron diez minutos. Había que conducir despacio, y, hasta donde pude averiguar por medio del estudio de la Guía del doctor Jones, que estuve hojeando insatisfactoriamente a la luz de una reciente adquisición, una linterna eléctrica, nos encontrábamos todavía a sesenta y cinco kilómetros de Richmond: más de una hora de camino. Mis extraños temores se concretaron ahora en el miedo a que Lázaro entregase su alma, con un enervante estallido, en mitad de un pantano boscoso, y tener que cambiarlo allí mismo, exponiéndome a las ranas gigantes y los fantasmas y los muertos de antiguas batallas.

Con una dolorosa sensación de vacío vi cómo iban aproximándose los siguientes bosques. Las hojas se abrían chapoteantes hacia los lados, dejándonos paso, y Zelda persiguió una oquedad evasiva, confusa a la luz bizqueante de los faros, uno de los cuales buscaba la carretera que se ocultaba a nuestros pies, mientras el otro, con monstruosa perversidad, se empeñaba en enfocar la cúpula del mundo arbóreo.

Nos deslizamos por una repentina pendiente y, descendiendo todavía con lentitud, comenzamos a rodear la superficie de una oscura charca, cuando un hombre saltó de repente al asfalto, a unos veinte metros delante de nosotros. El fulgor del faro cabizbajo lo iluminó durante un momento y vimos que su cara, parda o blanca, no fuimos capaces de determinar con exactitud su color, se ocultaba tras un antifaz negro,

y captamos en su mano derecha el destello de un revólver. La impresión, brutal y pasmosa, duró unos momentos; recuerdo que el hombre emitió un grito incomprensible, y que yo le chillé «¡Cuidado!» a Zelda, e intenté esconderme y esconderla en el asiento. Y justo entonces, en ese preciso instante, hubo una rápida ráfaga de aire frío, una cara de negro antifaz apenas a diez metros de distancia... y con cierta extraña suerte de jubiloso temor comprendí que Zelda había pisado el acelerador a fondo. Soltando un grito ahogado, el hombre enmascarado saltó rápidamente a un lado y evitó por centímetros la embestida taurina del coche. Instantes después ya estábamos lejos, zarandeándonos enloquecidamente en las curvas, dando patinazos y encogiéndonos por miedo a recibir algún balazo, de modo que a duras penas si veíamos la carretera.

Recorrimos así media docena de curvas, siempre a más de sesenta kilómetros por hora, y sólo entonces encontré aliento suficiente como para comentar en voz alta:

—¡Le pisaste a fondo!

—Sí —suspiró lacónicamente Zelda.

—Era lo que había que hacer... pero creo que yo, sin siquiera proponérmelo, hubiese frenado.

—No tenía intención de pisarle a fondo —confesó sorprendentemente—. Lo que yo quería era parar, pero me he hecho un lío y al final me he equivocado de pedal.

Nos reímos y charlamos febrilmente mientras se nos iba relajando el sistema nervioso. Pero la noche era cerrada, Richmond estaba muy lejos, y cuando descubrí que en el depósito apenas nos quedaban unos cuatro litros de gasolina, volví a experimentar aquella extraña sensación de vacío. Los sombríos fantasmas de apenas una hora antes habían cedido paso a visiones de negros asesinos ocultos en pantanos sin fondo, e imágenes de viajeros extraviados flotando boca abajo en negros estanques. Lamenté violentamente el no haberme comprado un revólver en Washington.

Miré con la linterna el mapa de mi libro. Entre nosotros y Richmond parecía haber una sola población, un puntito cuyo siniestro nombre era Niggerfoot. ¡Ah, que no tenga iglesia ni escuela ni cámara de comercio, pero que tenga gasolina!

Diez minutos más tarde apareció en forma de solitaria lucecita que, poco después, se dividió hasta convertirse en media docena de luces correspondientes a las ventanas de una tienda. Al acercarnos un poco más llegamos a distinguir los sonidos confusos de las voces que sonaban en el interior del establecimiento. El asustado estado de ánimo en el que nos había sumido nuestra última experiencia no nos inducía precisamente a parar, pero no teníamos elección. En cuanto el coche quedó alineado junto a la casa, un par de ancianos negros y un cuarteto de crios se nos acercaron. Pedí gasolina. Ellos, siguiendo la inveterada costumbre de su raza, trataron de soslayar el

problema. La gasolina quedaba cerrada bajo llave por la noche. Era imposible acceder al depósito.

Dijeron que no con la cabeza. Murmuraron protestas melancólicas e ineficaces. A medida que aumentaba mi vehemencia, su testaruda estupidez no cedió, sino que se fue enturbiando progresivamente. Uno de los viejos desapareció en la oscuridad, para luego regresar con un negro razonablemente joven. Siguieron renovadas discusiones hasta que, por fin, uno de los crios se fue malhumoradamente en busca de un balde. A su regreso, otro crío se llevó el balde carretera arriba, y quince minutos más tarde otro crío completamente nuevo llegó con tres o cuatro litros de gasolina.

Entretanto, yo había entrado a comprar pitillos en la tienda, y me encontré inmediatamente encerrado en una atmósfera miasmática que me dejó una impresión tan viva como imborrable. Ni siquiera ahora podría decir con claridad qué pasaba en el interior de aquella tienda, si se trataba de una orgía a la luz de la luna, de la interminable partida del día de la paga, de alguna cosa más siniestra incluso, o de algo en absoluto siniestro. Tampoco pude determinar si el hombre que me atendió era blanco o negro. Pero sí sé una cosa: que todo el establecimiento estaba sencillamente atestado de negros, y que la atmósfera física y moral que proyectaban me resultó oprimiente y obscena. Me alegré de encontrar otra vez la salida a la calurosa noche, en la que había salido la luna y llegado el portador de gasolina, y en donde los dos negros viejos lanzaban sonoras carcajadas en falsete que expresaban su admiración por el tamaño y el tronar del motor del Expenso.

Hacia las nueve de la noche la carretera adquirió solidez y suavidad, y unas luces temblorosas penetraron en nuestras conciencias, hasta que por fin la ciudad en torno a la que habían girado cuatro cruentos años comenzó a crecer a nuestro alrededor.

Pero, como pronto pudimos descubrir, entrar en Richmond era muy complicado. La ciudad estaba cercada por murallas inexpugnables. Las calles que probamos se encontraban en diversos y cavernosos estados de reparación, y adornadas con románticos farolillos rojos: algo así como si se celebrase allí un carnaval de topos. Comencé a creer que las defensas erigidas en la crisis de 1865 no habían llegado a ser derruidas, y seguían repeliendo con valentía al invasor yanqui; pero finalmente cedieron, y nos permitieron llegar a nuestro inevitable destino, el Mejor Hotel de la Ciudad...

—Buenas noches —le dije apresuradamente al conserje—. Venimos de Connecticut. Quisiéramos una habitación con baño. —Le sonreí, tratando de ganarme sus simpatías—. O mejor un baño con habitación.

En lo esencial, era el mismo discurso gracias al cual habíamos logrado colarnos en el New Willard. Y aquí sirvió para conseguir el mismo objetivo; y no sólo eso, pues nos dieron la suite nupcial, una estancia inmensa, tan triste como la tumba de un industrial. Mientras el agua humeaba en la bañera, Zelda y yo analizamos la situación. No

habíamos dejado a nuestras espaldas más que un solo estado —o distrito—, pero ya habíamos recorrido algo más de doscientos kilómetros y conocíamos el sabor de lo dramático. A lo largo de toda la tarde habíamos ido padeciendo impresiones, una tras otra, hasta alcanzar la culminación en forma del solitario salteador de los pantanos. Pero un acontecimiento más estaba destinado a enturbiar todavía la destrozada ecuanimidad de la jornada. No se trataba de un nuevo salteador. Sino de un pedazo de lengua.

Se encontraba en mitad de la alfombra, callado y casi discretamente situado en su mismo centro, y después de moverlo delicadamente con la punta de un lápiz comprobé que llevaba allí varias semanas.

Luego le volví rápidamente la espalda, pues oí que Zelda hablaba con voz tensa y apasionada por teléfono:

—¿Oiga? ¡Llamo desde la habitación doscientos noventa y uno! ¿Cómo se atreven ustedes a darnos una habitación con montones de carne esparcida por todo el suelo?

Una pausa. Tuve la misma sensación que si todo el sistema telefónico del hotel estuviese temblando de furia:

—¡Sí, he dicho «montones de carne esparcida por todo el suelo»! ¡Carne podrida! ¡Es absolutamente espantoso...! ¡De acuerdo! ¡Ahora mismo!

Colgó violentamente el teléfono y volvió hacia mí unos rasgos escandalizados.

—¡Es increíblemente repugnante!

Cinco minutos después, cuando Zelda ya estaba envuelta en los vapores de su baño de agua caliente, llamaron a la puerta. Al abrirla me encontré con un conserje apurado y compungido. Detrás de él había tres criados negros provistos de grandes palas.

—Perdone usted —me dijo el conserje—. Ha llamado la señora diciendo que estaba todo el suelo cubierto de carne podrida.

Con ademán severo, señalé.

—¡Mire! —dije.

El hombre miró con ojos corteses.

—¿Dónde?

La lengua, que aún poseía un tono rojizo, resultaba casi invisible sobre el fondo carmín de la lúgubre alfombra. Al final el hombre la distinguió y le hizo una seña a uno de los negros para que la capturase.

—Y bien, ¿dónde está el resto, señor?

—Le aseguro que no lo sé —le dije secamente—. Tendrá que averiguarlo usted mismo.

Tras una perpleja búsqueda detrás de los radiadores, en el armario y debajo de la cama, los negros informaron que no había más pedazos de lengua. Con sus palas al hombro, se encaminaron a la puerta.

—¿Alguna cosa más? —preguntó ansioso el conserje nocturno—. Siento muchísimo lo ocurrido, señor. Esta es la primera vez que aparece carne podrida en una de las habitaciones del hotel, señor.

—Espero que no haya nada más —dije con firmeza—. Buenas noches.  
El hombre cerró la puerta.

## VI

Y a continuación un día deprimente, inaugurado por el garajista de Richmond. Dio su información de forma concisa y concreta. La carrocería de la Chatarra Rodante se encontraba casi partida por la mitad, y estaba a punto de desprenderse. Había que llevarla a un herrero para que la soldase.

Empapados de calor y humedad, nos dedicamos a recorrer las calles de Richmond. Visitamos el Museo Confederado y estuvimos casi una hora estudiando banderas convertidas en harapos, románticos sables, y grises chaquetas de uniforme, y, a medida que íbamos entrando en las sucesivas salas, el orgulloso esplendor de los objetos expuestos por cada uno de los estados sólo se veía empalidecido por las interminables listas de mujeres vivas que, fuera del modo que fuese, habían conseguido que su nombre quedara relacionado con todos aquellos trofeos. Los trofeos no tenían necesidad alguna del mecenazgo que les brindaban Miss Rachael Mary o Mrs. Gladys Phoebe y compañía, a quienes yo imaginé como viejas matronas de pechos abundantes y conversación tediosa, permanentemente dedicadas a parlotear de la manera más voluble sobre sus antepasados, cómodamente instaladas en las salitas de estar y las pensiones de Macon, Georgia.

En este exhausto Richmond no descubrimos ninguna otra cosa de interés. A primera hora de la tarde la humedad se convirtió en bochorno asfixiante, y los dispersos arabescos comenzaron a resolver un gran rompecabezas en el cielo. Fuimos al herrero y comprobamos que apenas había empezado a soldar, debido a que el garajista había descubierto que las válvulas se habían soltado otra vez de los taquets. Nos sentamos y estuvimos cociéndonos a la puerta del herrero.

Teníamos intención de llegar a Oxford, Carolina del Norte, antes de que anocheciese, y Oxford estaba a doscientos veinte kilómetros de distancia. De modo que cuando, justo al salir del herrero montados por fin en el coche, Santa Claus estalló y se convirtió en mil mariposas de caucho, comenzamos a desesperarnos.

Al salir finalmente a la carretera bochornosa que se colaba por entre los sembrados, el sol se había ensombrecido y el panorama que se extendía ante nuestra vista era tan deprimente como el que se ve por la ventana del dentista. Los campos eran verdes, pero carecían de frescor, y los pueblos, en los que hombres y niños larguiruchos se

reunían en las gasolineras para observar nuestro motor, no estimulaban en nosotros entusiasmos pastoriles ni históricos. No estábamos contentos. La tiranía de los neumáticos oprimía nuestro espíritu. En una de las ruedas, el número de radios en mal estado era tan elevado que incluso yendo a quince kilómetros por hora circular sobre ella constituía un riesgo. La usamos solamente de rueda de repuesto, y sobre ella, avanzando a paso cojeante y lento, logramos llegar hasta el garaje más próximo después de cada nueva catástrofe.

Ya no hablábamos de galletas ni de melocotones. Tras utilizarlos como tema de conversación durante ciento cincuenta horas, y con energía cada vez más reducida, el apetito imaginativo de Zelda había quedado por fin saciado. Mientras que, por mi parte, creo que la sola visión de un melocotón o una galleta me habría dado náuseas. De modo que Zelda se pasó toda la tarde con la Guía del doctor Jones, equivocándose de página, dándome indicaciones erróneas y perdiendo nuestra localización sobre el mapa en los momentos más cruciales.

Justo después de las seis, la oscuridad comenzó a cerrarse rápidamente sobre nosotros. Oímos ruidos de truenos, y se puso a soplar por el oeste uno de esos fieros vendavales polvorientos y cálidos cuyos agudos y sombríos gemidos provocan tan estremecedoras molestias como el tacto de sus manos calientes y húmedas. La oscuridad estorbaba nuestro avance y comenzamos a dudar de nuestras posibilidades de llegar esa noche a Carolina del Norte. Todavía estaba a cien kilómetros de distancia.

El viento fue hinchándose hasta transformarse en un oscuro huracán tormentoso, y comenzó a aproximársenos por sobre los campos el sonoro golpeteo de la lluvia. Una cadena de zetas incendiadas marcaba a fuego el cielo, y los truenos corrían anunciando su mal augurio a lo largo de los llanos. Más tarde el canto de sirena de la lluvia sonó más cerca, nos roció, trayendo consigo los múltiples agujijones del viento cargado de polvo. Cuando la arena nos dejó los ojos en paz, Zelda hojeó presurosamente la Guía y encontró un pueblo llamado Clarksville, a menos de veinte kilómetros de donde estábamos.

El nombre del pueblo estaba impreso en mayúsculas grandes, y aunque su población apenas alcanzaba los cinco mil habitantes, supusimos que tendría como mínimo un hotel soportable. La circunstancia de que ese pueblo se encontrara en Virginia era, por supuesto, una derrota moral: sería la primera vez que pasáramos dos noches seguidas en el mismo estado.

Conduje a la máxima velocidad que osé en aquella ventosa negrura, pero en medio de la tormenta byroniana el camino se me hizo interminable. Nos sentimos aliviados cuando, por fin, Clarksville se deslizó por la carretera hacia nosotros. Dejé que Zelda se encargara del registro en el Dominion Hotel, y me fui a buscar garaje. Por una vez,



quizá porque sólo habíamos recorrido ciento ochenta kilómetros, no tuve que redactar una lista de sospechas e instrucciones para el soñoliento encargado.

A mi regreso pude comprobar que no íbamos a estar alojados ni la mitad de bien que la Chatarra Rodante. No se podía conseguir comida en el hotel, de manera que me fui a una tienda y le compré un par de repugnantes emparedados de huevo a un repugnante tendero. Se los subí a Zelda, que, demostrando una gran presencia de ánimo, los arrojó inmediatamente por la ventana.

Teníamos una habitación desnuda, con baño. El agua del baño estaba helada. Zelda nadó en ella por principio, y luego —por puro rencor— me desafió a que la imitara. Fue un tembloroso, triste y deprimente amago de baño, pero cuando lo terminé, poniéndole al mal tiempo buena cara, me puse a trotar por toda la habitación tan orgulloso como un héroe nacional tras sus diez minutos diarios de gimnasia.

## VII

El domingo por la mañana, Zelda se puso americana blanca y pantalones de golf. Hambrientos, nos dirigimos a la planta baja, donde nos sirvieron un desayuno abominable que yo picoteé con humildad, pero que a Zelda le pareció un insulto deliberado. Cuando abandonábamos el hotel, un par de señoras gordas se quedaron mirando de hito en hito los pantalones de Zelda, mientras hablaban entre ellas en tono muy violento. Ante lo cual, Zelda, que ya estaba hecha una furia, les devolvió la mirada y dijo, en voz perfectamente audible, «¡Mira qué mujeres tan espantosas!». Y ya sé que esta frase es de las que suelen ser puestas en labios de la mala en las novelas de baja estofa, con lo cual queda demostrado que los corn-flakes excesivamente remojados producen prácticamente el mismo efecto que un corazón de piedra.

El domingo es en Virginia un día de descanso: resulta tan difícil conseguir gasolina como cigarrillos, y nos alegramos muchísimo cuando vimos que ya estábamos cerca de la frontera de Carolina del Norte. La Guía del doctor Jones recurría en esta zona a la pura y simple ficción, y, por si fuera poco, a ficción de la más barata, rastrera y sentimental. Aunque soy partidario de adornar sin exceso las verdades de la vida, califico de optimismo de la especie más perniciosa a esa actitud que consiste en llamar «bulevar» a lo que no es más que el lecho pedregoso de un río seco. Y el mapa estaba adornado de pueblos, números de habitantes, tiendas y buenas carreteras que sólo podían haber existido en la rosada imaginación del doctor Jones.

Cuando cruzamos la línea de tiza blanca que separa Virginia de Carolina del Norte, comprendimos que se había iniciado una reyerta en el interior del coche. Todo empezó con una serie de taciturnas murmuraciones, pero los participantes entraron enseguida en un ruidoso altercado metálico. Deduje que comenzaban a tirarse cosas a la cabeza... Desmonté, repté bajo el coche y miré su cara inferior. Tenía, a mis ojos, el mismo aspecto de siempre. Unas barras oscuras y misteriosas, unas a modo de cazuelas de hierro oscuro, y grandes cantidades de humo del tubo de escape. Creímos que tal vez anduviéramos cortos de gasolina, e hicimos llenar el depósito en la siguiente gasolinera, pero el repiqueteo continuó. Probamos con el aceite y el agua, e incluso hicimos que levantaran el capó, pero sin el menor resultado. Cuando llegamos a un pueblo bastante grande buscamos el garaje mayor y pedimos una inspección.

Después de que tres hombres embutidos en sendos monos —el domingo no era día de descanso en Carolina del Norte— jugaran en torno al coche un buen rato, montados en unos carritos bajos con los que se deslizaban bajo las ruedas, los tres se levantaron y pusieron en correcta formación, y sacudieron negativa y tristemente la cabeza al unísono, como el coro de una comedia musical. Luego dieron media vuelta sobre sus talones y se fueron.

En este momento se oyó un gran estruendo en la puerta, y entró un joven alto al volante de un enorme y potente Expenso del mismo modelo que el nuestro. Sin llegar al extremo de mirar directamente al joven, me puse a dar desconsoladas vueltas alrededor de mi coche, propinándoles sacudidas a las ruedas, limpiando el polvo del parachoques; en pocas palabras, dando la impresión de que sólo estaba esperando algo o alguien, antes de iniciar alguna importante actividad mecánica. El joven, tras aparcar su Expenso, se acercó lentamente a examinar el mío.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No gran cosa —repuse sombríamente—. Sólo que se le están rompiendo las tripas.

—Tiene una rueda a punto de saltar —comentó el joven en tono desapasionado.

—No sería la primera vez —le aseguré—. Ya se nos saltó en Washington.

—Va a saltar otra vez. Se está soltando. Por dentro.

Le sonreí cortésmente, como si fuese algo que ya había notado sin necesidad de que me lo advirtieran. Saqué la manivela y comencé a apretar las tuercas.

—Se está soltando por dentro. No sirve de nada apretar las tuercas. Tendrá que sacarla.

Me dejó bastante confundido, pues hasta esa fecha yo no me había enterado de que una rueda podía saltar por dentro además de saltar a secas, pero chasqué los dedos y dije:

—Ah, claro. ¡Qué estúpido soy!

Después de haber sacado la rueda y tras dejarla apoyada en la pared del garaje, escruté el eje bajo la mirada recelosa del propietario del otro Expenso. Mas, por mucho que lo mirase, aquel eje era a mis ojos exactamente igual que cualquier otro eje, y no localicé en él ninguna cualidad gracias a la cual pudiera soltarse la rueda por dentro. Le di unos golpecitos, para probar. Luego, llevado por la fuerza de la costumbre, lo agarré y le pegué una sacudida. Viendo que el joven observaba mis dos acciones en el más absoluto silencio, me volví hacia él y le miré mansamente:

—Tenía usted razón —le dije—. Se estaba soltando por dentro.

A continuación tomé de nuevo la rueda, y ya estaba a punto de encajarla otra vez en el eje cuando el dueño del otro Expenso emitió un gruñido de advertencia, terminó de encender su cigarrillo, y me preguntó con la mayor solemnidad:

—¿Se puede saber qué está haciendo?

—Volviendo a ponerla.

—Entonces, ¿por qué la ha sacado?

Ahí me había pillado. La había sacado solamente porque él me había dicho que lo hiciese, mas no parecía que ésta fuese una respuesta adecuada a su pregunta.

—Porque... Caramba, pues para ver si estaba soltándose por dentro.

—Bien. Y ya lo ha podido ver, ¿no?

Esto era injusto. Un auténtico abuso. Decidí primero desafiarle, y luego decidí no hacerlo.

—Pues... No —murmuré mansurronamente—. No he visto que hubiese nada mal.

Su mirada abandonó la anterior expresión recelosa para adoptar la de la certidumbre. Le echó una ojeada a Zelda, sentada con sus pantalones de golf en el asiento delantero, tan tranquila. Luego me miró a mí.

—¿Dónde tiene las herramientas? —dijo brevemente—. Saque una llave inglesa.

—No tengo herramientas.

Ya no quería seguir fingiendo. Me presenté ante él en toda la desnudez de mi ignorancia mecánica. Pero mi declaración, pronunciada con toda su impotencia, había producido efectos. El joven tiró el cigarrillo y me miró boquiabierto. Y qué boca tenía.

—¡Que no tiene herramientas!

—No, no tengo ninguna herramienta —repetí apocadamente.

Había logrado escandalizarle. Le había clavado un hierro puntiagudo en el mismísimo corazón de su moral. Había cometido un pecado gravísimo contra el immaculado credo del Expenso. En cuestión de segundos yo había pasado de ocupar una posición entre los privilegiados a estar instalado en un círculo más alejado, más oscuro. ¿Que, sin embargo, yo seguía siendo propietario de un Expenso? Peor que peor, pues no era digno de mi automóvil.

Bruscamente, el joven llamó a un mecánico del garaje.

—¡Eh! Necesitamos una llave inglesa C.

De inmediato hizo su aparición una nueva modalidad del hierro, y tuve motivos para pensar en lo maravillosa que es la civilización. Movidó por mi bajeza natural, me aparté del coche como si temiese la frialdad del metal. Pero el joven me pasó implacablemente aquel objeto, y yo lo cogí, me acerqué al eje, ajusté vacilante la llave inglesa, y comencé a darle vueltas a lo que fuese.

El experto en Expenso seguía mirándome con la mayor severidad.

—No —dijo con voz indignada—. Apriétela.

Si me hubiese ordenado que me la comiese me habría sentido igualmente desamparado. Bajé el brazo hasta dejar la llave colgando a mi costado y le miré con una expresión que sospeché era bastante tonta. Zelda mantenía su adormilado rostro oculto entre sus manos. Me había abandonado, sin pestañear, a los mecanismos de

aquel joven. Incluso las fuerzas del garaje se habían alejado de allí, para impedir que nadie pudiese reclamar su presencia.

—¡Traiga! —Catón se adelantó a grandes zancadas hacia mí.

Le cedí, con una mezcla de vergüenza y alivio, la llave inglesa. El joven agarró una de las plataformas deslizantes, apoyó en ella una rodilla y, sin la menor dificultad, ajustó la llave inglesa. Obscenamente interesado, me acerqué hasta ponerme casi encima de él. Y enseguida todas mis esperanzas rodaron por los suelos. Con un seco movimiento de los hombros que, en cierto modo, parecía expresar el sentimiento de absoluto desprecio que no había llegado a asomar en sus facciones, se puso en pie y se quedó señalando la llave.

—Así —dijo. Queriendo en realidad decir, «¡A trabajar! ¡Venga, perro, empieza! ¡Cómo te atreves a poseer un Expenso!». Sin embargo, en voz alta sólo añadió: — Antes de empezar, vaya a por un poco de aceite y úselo.

Mientras yo me iba al rincón que me señalaba para coger un poco de aceite, él redondeó su actuación con un toque horrible, insidioso. Un rasgo tan sutil que sólo podía ser producto de la falta de sutileza, un golpe tan devastador que cuando Zelda me lo contó, media hora más tarde, el cerebro comenzó a darme vueltas y el mundo entero quedó tan negro como la muerte. Pues el tipo se adelantó hacia Zelda, llamó su atención aprovechándose de su ventajosa situación, y, tras unos pocos preliminares que sólo pretendían despistar, le dijo:

—Qué pena que haya quien permita que una chica tan guapa como usted lleve esta clase de ropa.

Y se quedó mirándole los pantalones de golf. Por su boca hablaban cincuenta años de provincianismo; la moral negativa de los blancos pobres: y, sin embargo, aquello me llenó de una furia impotente e inarticulada. De todos modos, la frialdad con la que Zelda encajó semejante acusación debió de confundirle notablemente. Había confiado más de la cuenta en su ventaja moral sobre mí, pues no volvió a molestarla. De haberlo hecho, habría encontrado sin duda el mismo destino que las dos mujeres de Clarksville.

Finalmente logramos salir de aquel garaje. La rueda ya no se «soltaba por dentro»; el ruido había cesado; todo estaba sereno. Nos fiamos del doctor Jones y partimos hacia el sur a través de Carolina del Norte. Llegamos a Durham, pero, debido a que había comenzado a llover, no llegamos a celebrar que habíamos recorrido ya novecientos kilómetros y estábamos a mitad de camino de Montgomery. Comimos una jugosa sandía, que nos animó un poquitín, pero no pudimos borrar de nuestras mentes que, mientras Zelda siguiese llevando sus pantalones de golf, los palurdos que nos rodeaban por todas partes seguirían mirándonos con fría y mojígata superioridad, tachándonos de «libertinos». Estábamos en Carolina, y no habíamos actuado con la «elegancia» propia de un habitante de ese estado.

Después de Durham salió el sol y se puso a brillar intensa e implacablemente sobre las peores carreteras del mundo. Que, sin embargo, eran las mejores carreteras entre Durham y Greensboro según aseguraban tanto el doctor Jones como un alto ochavón de ojos verdes a quien consultamos. Las otras carreteras debían de estar cruzadas de barreras de alambre de espino. Si el lector es capaz de imaginar una torrencera interminable y pedregosa que con frecuencia se eleva en insuperables cuestas de sesenta grados, una torrencera cubierta de una capa de agua de entre dos y treinta centímetros de profundidad según los tramos, un agua mezclada con una arcilla solemnemente pegajosa, con una consistencia como de crema facial y el grado de adherencia de una cola triple; si el lector estuvo conduciendo ambulancias por entre los cráteres de las carreteras francesas, y se siente capaz de concebir una acumulación de todas las imperfecciones de aquellas rutas en sólo sesenta kilómetros, se hará una ligera idea de cómo son las carreteras de esa parte alta de Carolina del Norte.

Con fortaleza y paciencia avanzamos en zigzag, torciendo bruscamente unas veces a la izquierda, otras a la derecha, y otras a la izquierda y a la derecha simultáneamente; ascendimos lenta, laboriosa y afónicamente; y descendimos peligrosamente. Cruzamos tramos que no hubieran sido considerados aptos como zona de paseo ni siquiera para tanques en miniatura. Al cabo de un tiempo comenzamos a encontrarnos con otros turistas: viejos coches hundidos en el lodo hasta la cintura, de los que apenas si asomaban los ojos de sus ocupantes; otros que avanzaban por baches profundos como tumbas y anchos como caminos; y, finalmente, unas trágicas burbujas que indicaban el punto en donde algún cacharro se había hundido para siempre con todos sus ocupantes.

—¿Está mejor esa parte de donde vienen ustedes? —nos gritaban aquellos cuyas bocas no se encontraban hundidas en el lodo.

A lo cual yo siempre contestaba lo mismo:

—¡Peor!

Pero siempre me equivocaba, pues cuanto más avanzábamos, más empeoraba la carretera. Sentí, por primera vez, algo muy parecido al orgullo ante las proezas de la Chatarra Rodante. Podía ser un automóvil poco fiable, pero su rústica robustez y su brava indomabilidad hacían acto de presencia cada vez que tenía que enfrentarse con algún obstáculo material. Pues resultó ser capaz de escalar precipicios y vadear riachuelos fangosos que un coche más pequeño y ligero no habría podido superar.

Era prácticamente lo único de lo que podíamos alegrarnos a estas alturas. Las galletas y los melocotones habían empalidecido; la alegría de «darles una sorpresa a papá y mamá» había terminado padeciendo una muerte lenta; nuestras bolsas de viaje parecían a punto de reventar tras haber acumulado la ropa sucia y el barro de ocho estados y un distrito. Y, en último lugar, empezaba a escasear el dinero.

Para ser exactos, nos quedaban veinticinco dólares y algunas monedas de cobre y de plata. Cuando pedí por escrito desde Washington que nos enviaran dinero, llevado de un optimismo injustificable, di instrucciones de que no nos lo remitiesen a Greensboro, Carolina del Norte, que es la población a la que por fin nos estábamos aproximando, sino a Greenville, Carolina del Sur, que estaba trescientos kilómetros más al sur.

Al anochecer llegamos a Greensboro, que ofrecía el O. Henry Hotel, complicado albergue cuya sola visión hizo que Zelda decidiese ponerse una falda por encima de los pantalones de golf. Esta vez le pedí taxativamente al encargado del garaje que no inspeccionase la Chatarra Rodante, en absoluto: le dije que ni siquiera debía mirarla de cerca. Porque, incluso suponiendo que tuviese algún desperfecto, no teníamos dinero para pagar la reparación. Era mejor no enterarse. Después nos bañamos en un agua levemente rojiza que daba un tinte agradablemente bermellón a la bañera, y cenamos magníficamente. Esto último, propina incluida, se nos llevó cuatro dólares y cincuenta centavos de nuestro haber, pero estábamos demasiado cansados para preocuparnos por eso.

## VIII

¡O Greenville o la muerte! La Chatarra Rodante nos miraba desde el fondo de sus faros con expresión de reproche, como si supiera que le habíamos escamoteado su acostumbrada revisión física. Le explicamos que las facturas del garaje y el hotel, la cuenta de la gasolina y el aceite, el desayuno que nos habíamos tomado, y la propina que le dimos al negro de turno habían reducido nuestro capital a seis dólares y treinta centavos.

El sol centelleaba ya, y apenas si eran las ocho y media.

—Me alegro de que ahora tengamos buena carretera —dijo Zelda—. Antes de ponerse el sol podemos haber recorrido trescientos kilómetros. Ningún día habíamos salido tan temprano.

¡Insidiosas carreteras! Para compensar los recientes barrancos, ésta estaba pavimentada.

—¡Písale a fondo! —ordenó Zelda.

—Eso pensaba hacer.

Estábamos a trescientos kilómetros del dinero, a trescientos kilómetros de los neumáticos, las reparaciones, el techo, la comida.

De modo que le pisé a fondo. Fue la primera vez que ponía a prueba la velocidad de la Chatarra Rodante, pues habíamos encontrado la Carretera Postal de Boston monopolizada por grandes camiones, y correr allí habría sido muy arriesgado. Ahora en cambio, la uniforme superficie pavimentada se extendía seductora ante nuestros ojos, sin otro automóvil ni vehículo ni cruce ni curva. Lentamente, el indicador del salpicadero fue subiendo hasta sesenta, setenta y cinco, y luego, poco a poco, reptó hasta los ochenta, retrocedió hasta los setenta y ocho y después, como si se lo hubiese pensado mejor, ascendió de forma brusca hasta los noventa y cinco.

—¿Estás pisándole a fondo?

—Sí.

—No es tan bonito como ir en aeroplano —observó críticamente Zelda.

Había estado conteniendo el pie para darle un aceleren final, pero tras haber oído esto apreté del todo hasta lograr que el acelerador tocase el fondo. Dando prácticamente un brinco, la Chatarra Rodante aumentó su ritmo —parecía que



estuviésemos volando—, el velocímetro se zambulló hasta los cien, y a continuación, de marca en marca, alcanzó los ciento diez, y trató de estabilizarse allí, aunque subía hasta los ciento trece en las leves bajadas y descendía a los ciento siete en las cuestas.

A esa velocidad hubiésemos llegado a Montgomery aquel mismo día, a eso de las cuatro y media: era increíble; naturalmente, no podíamos mantenerla; no pretendíamos llegar a Montgomery hasta dos días después; de todos modos... el viento rugía; la carretera se contraía ante nosotros como una cinta de caucho; me pareció que de un momento a otro veríamos pasar una de nuestras ruedas volando ante nosotros, o que se le quebrarían los radios y se hundiría, aplastada como un huevo... La Venida del Reino...

Transcurrieron diez, quince minutos. La carretera, libre de todo tránsito, seguía extendiéndose indefinidamente. Debimos de recorrer unos treinta kilómetros sin cambiar de velocidad. Comencé a imaginar un bulevar así salvando la distancia entre Westport y Montgomery. Comencé a imaginar que estaba conduciendo el coche más veloz jamás fabricado: era capaz de recorrer cinco kilómetros en poco más de un minuto. A esa velocidad se podía salir de Westport después de comer y llegar a Montgomery a tiempo para la cena...

Al cabo de un rato, el excesivo movimiento comenzó a resultarme fatigoso. Vi la sospecha de una curva unos tres kilómetros más adelante, y, quitando poco a poco el pie del acelerador, reduje la velocidad a sesenta kilómetros por hora, que después de la carrera anterior era como avanzar a rastras. Justo en ese momento capté algo que parecía ser un nuevo ruido: un ruido persistente y repugnante, distinto y diferenciado del ruido de nuestro motor. También en ese momento Zelda se volvió a mirar hacia atrás.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Es un policía motorizado!

Intenté reducir de la forma menos ostentosa posible, hasta una modesta media de cuarenta y cinco. Pero mis esfuerzos de camuflaje fueron poco válidos, y tan transparentes como el sobresalto de inocente sorpresa que representé ante el policía cuando éste situó su motocicleta a mi lado y me saludó con un prolongado gruñido. A ruegos del agente, detuve el coche.

—¡Bien! —dijo él con expresión feroz.

—¿Bien? —Tal fue mi brillante respuesta. Tuve la sensación de que hubiese tenido que ofrecerle algo de beber, o un pastelito, lo que fuese... pero no tenía nada que ofrecer.

—Conque yendo a cien kilómetros por hora, ¿eh?

En lugar de corregirle, me limité a enarcar horrorizado las cejas, y exclamé en son de reproche, como si apenas pudiese dar crédito a mis oídos:

—¿Cien kilómetros por hora?

—¡Cien kilómetros por hora! —me imitó él—. Dé media vuelta y sígame a la comisaría.

—Agente —le dije animadamente—, tenemos mucha prisa...

—Ya he visto la prisa que tenían. Por mi propio velocímetro puedo decirles exactamente cuánta prisa tenían.

—¡Tenemos una prisa... tremenda! —insistí, pensando aterrado en los seis dólares y treinta centavos que me quedaban en el bolsillo. ¡Y si la multa fuese de diez dólares! ¿Acabáramos pudriéndonos en una celda? Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza—. ¿Podríamos hacer algo?

—Bueno —dijo el agente con inesperada elocuencia—, la multa por exceso de velocidad, si se trata de la primera vez, es de cinco dólares. Si no quiere regresar a comisaría conmigo, deme los cinco dólares a mí, que ya me encargaré de hacérselos llegar al juez.

Sospeché que la transacción que me proponía era muy poco oficial, y que el juez jamás oiría hablar siquiera de mis cinco dólares. Pero sí creí que la multa rondaría esa cifra, o sería incluso superior, mientras que el regreso hasta la comisaría iba a suponer un despilfarro de tiempo y gasolina. Así que le hice entrega del precioso billete, tras lo cual el guardián de las rutas me dio las gracias, se llevó la mano a la gorra, y se alejó velozmente.

—¿Y cuánto dinero nos queda ahora? —preguntó Zelda muy enfadada.

—Un dólar y treinta.

—Si no hubieses frenado tanto, seguro que no nos habría alcanzado.

—Tarde o temprano tendríamos que haber frenado un poco. Y el tipo habría telefoneado a algún compañero situado más adelante, o incluso disparado contra nuestros neumáticos.

—Poco daño se les puede hacer ya a estos neumáticos.

Nos quedamos sentados en pético silencio entre el billete de cinco dólares y Charlotte.

Comimos en Charlotte. Comimos con los treinta centavos, y reservamos el dólar para una posible emergencia. Zelda se tomó un cucurucho de helado, un perro caliente y una barrita de chocolate con nueces. Yo digerí un plato de quince centavos que encontré reposando en un mostrador, oculto tras el transparente alias de «carne con patatas». Sintiéndonos mucho peor, salimos de Charlotte y tomamos la carretera de Greenville. O, mejor dicho, no tomamos la carretera de Greenville. Debido a la cada vez más acusada imprecisión del doctor Jones, iniciamos nuestro regreso a Nueva York y seguimos así, en fatua ignorancia, durante veinte kilómetros. Para entonces ya era absolutamente imposible lograr que concordasen la carretera y la guía, a pesar de que decidimos suponer que los árboles eran postes de telégrafo y que los mojones kilométricos eran escuelas rurales. Nos pusimos cada vez más

nerviosos. Hablamos con un campesino. El tipo se rió y dijo que tenía que contárselo a su mujer y a sus hijos.

Todo lo cual nos pareció profundamente descorazonador. Atravesamos de nuevo Charlotte, que nos pareció más fea incluso que antes. Pero apenas habíamos vuelto a salir al campo cuando notamos que la carretera aparentemente lisa por la que avanzábamos se había transformado en una pista inexplicablemente irregular. Receloso, me apeé: como era de temer, Hércules había entregado su alma al cielo.

Puse la rueda de recambio con su neumático nuevo, pero tan pronto como rozó el suelo se le rompió uno de los radios. La situación era temible: teníamos una rueda sana y un neumático sano, pero estaban separados. ¡Ah, si la rueda aguantase hasta llegar al primer garaje, y si el mecánico se mostrara dispuesto a realizar los cambios necesarios por un solo dólar!

Reptando a tan sólo quince kilómetros por hora —velocidad que nos hubiera permitido llegar a Montgomery en seis días—, a las tres de la tarde encontramos un garaje campestre. Nos sentíamos muy desdichados. Le expliqué al dueño qué quería, y cuando terminé él me dijo su precio. Era de —contuvimos el aliento— un dólar.

Greenville se encontraba todavía a ciento sesenta kilómetros más al sur. Una gota más de gasolina, un solo pinchazo más, y estábamos listos.

Hasta que, a siete kilómetros de la frontera de Carolina del Sur, obtuvimos una suculenta venganza por la humillación que nos había hecho padecer el día anterior aquel burlón y severo dueño del otro Expenso. Era necesario que esta venganza se produjera en la misma Carolina del Norte: diez kilómetros más al sur, en el estado hermano, y habría llevado grabada para siempre en mi piel la cicatriz del anterior encuentro. Pero no fue así, y no guardo el más mínimo rencor.

El incidente tuvo unos inicios de tan mal augurio como la catástrofe de la jornada precedente. La Chatarra Rodante sacó el genio, se puso a hacer ruidos, y me vi obligado a parar.

—¿Qué pasa? —La voz de Zelda estaba tensa de alarma—. ¿Está soltándosele otra vez la rueda por dentro?

—Me parece que es el motor.

—¿Se está soltando todo el motor?

—No lo sé. Yo diría que se está muriendo.

Por cumplir con las formalidades del caso, levanté el capó y me quedé mirando la masa de hierros y hojalatas y grasa que había debajo. Si yo hubiera sido un gigante de treinta metros de estatura, dotado de manos de tres metros de largo y capaz de agarrar la Chatarra Rodante y pegarle una buena sacudida, seguro que se habría puesto otra vez en marcha, de acuerdo con los mismos principios que provocan semejante respuesta en los relojes parados.

Estuvimos esperando un cuarto de hora. Un campesino bajó por la carretera montado en su viejo cacharro. Le hice señas con la mano, agitadoísimo, pero el tipo me tomó por un salteador de caminos, y nos adelantó con cara asustada, y se fue.

Estuvimos esperando otro cuarto de hora. Un nuevo coche apareció al final de la carretera.

—Mira, Zelda —empecé a decir, pero me interrumpí porque ella se encontraba en un estado de desacostumbrada actividad. A la velocidad del rayo, sacó una caja en forma de disco y se concentró por completo en una apasionadísima pigmentación de su rostro: le volaban las manos como serpientes por entre su pelo cortito, dándole a su peinado un aspecto más moderno.

—Vete —dijo ella brevemente.

—¿Que me vaya?

—Entra por esa cancela de ahí y escóndete tras el muro.

—¿Por qué día...?

—¡Corre! Antes de que ese coche asome por la siguiente colina.

Yo había empezado a captar el brillo de la idea. Corrí obedientemente hacia la puerta que me habían indicado, y me escondí con suma docilidad tras el providencial muro.

El coche comenzó a descender por este lado de la colina, fue aumentando de tamaño, y me dejó atrás con una ráfaga de polvo aceitoso. Lo vi cruzar con un destello junto a la Chatarra Rodante y luego, unos veinte metros más adelante, parar de forma muy brusca. Hizo marcha atrás con inusitadas prisas, y se detuvo junto al Expenso. Aunque yo no alcanzaba a ver ni al conductor del otro coche ni a Zelda, deduje que habían entablado una conversación. Después, al cabo de un momento, una figura desmontó del otro coche y alzó uno de los lados del capó de la Chatarra Rodante. Se asomó a mirar el motor, hizo jactanciosos gestos de asentimiento, dándose las de entendido, dirigió a Zelda una sonrisa de superioridad, y volvió a su coche para coger las herramientas. Un minuto más tarde estaba tendido boca arriba debajo de nuestro coche, y los golpeteos metálicos que llegaron a mis oídos inundaron de gozo mi corazón.

Transcurrieron cinco minutos. El hombre emergió varias veces para secar el blanco rocío de julio que se le iba formando en la frente y también para charlar con Zelda. Cuando emergió por última vez cerró el capó y lo fijó con los tornillos. Zelda, actuando sin duda de acuerdo con las instrucciones que él iba dándole, puso el motor en marcha: el sonido era saludable y robusto. El samaritano devolvió las herramientas a su coche y, volviendo al nuestro, apoyó un pie en el estribo de la Chatarra Rodante e inició una conversación muy animada. Deduje que había llegado la hora de mi reparación: salí a la carretera y me encaminé hacia ellos silbando el «Beal Street Blues».

Se volvieron ambos. Los ojos del hombre, unos ojos tal vez de banquero rural, me miraron decepcionados; eran unos ojos, y me alegra poder decirlo, que se parecían muchísimo a los del propietario del Expenso del día anterior.

—¡Ah, ya estás de vuelta! —exclamó alegremente Zelda—. ¿Has encontrado algún teléfono? Si no lo has encontrado, no te preocupes porque este caballero ha tenido la amabilidad de arreglar la avería.

—Qué amabilísimo de su parte —dije en un tono que fingía ser de gran alivio.

El hombre nos miró sucesivamente a los dos con notable fastidio. Luego, embarazado, pronunció un comentario que le dejó absolutamente rendido a mis fuerzas.

—Oh —exclamó involuntariamente y en un tono sin la menor duda decepcionado—. Creí que estaba usted sola.

—No —dijo Zelda con grave acento—, voy con mi marido. —Y, cruelmente, añadió—: Jamás viajo sola.

Subí al coche junto a Zelda y tomé el volante.

—Ha sido usted maravillosamente amable. Le estoy muy agradecido.

El hijo del banquero soltó un gruñido, se quedó un momento sin palabras, mirándome, caído de cejas. Metí la primera.

—Tenemos prisa —insinué.

Zelda se mostró profusamente agradecida. La Chatarra Rodante comenzó a deslizarse. Una vez recorridos unos cincuenta metros, me volví para mirar atrás y descubrí que el hombre le había dado media vuelta completa a su coche y se estaba yendo en la misma dirección por la que había venido.

Considerablemente animados, continuamos nuestra marcha camino de un sol amarillo pálido que planeaba sobre las montañas negras y verdes que se veían a lo lejos.

—¡Canastos! —exclamó Zelda repentinamente desconsolada. Miraba aturdida la Guía del doctor Jones.

—¿Qué ocurre?

—Hay un puente de peaje entre Carolina del Norte y Carolina del Sur, ¡y no nos queda ni un céntimo!

Casi en el mismo instante divisamos el puente. Por segunda vez aquel mismo día, pisé el acelerador a fondo. Bajamos volando la breve pendiente, cruzamos el puente acompañados de un ruido atronador, y penetramos corriendo como locos en la orilla amistosa. Volviendo la vista atrás, Zelda informó que un gracioso hombrecillo había salido de una graciosa casita y se había puesto a agitar los brazos apasionadamente. Pero ya estábamos sanos y salvos en Carolina del Sur.

¿Sanos y salvos? A las siete en punto oímos el herrumbroso sudor metálico del motor. El indicador de aceite señalaba cero. Nos pusimos muy tristes. Intentamos

engañar al motor corriendo mucho, y de este modo ascendimos roncamente una colina y entramos en un pueblo llamado Spartansburg, en honor de los estoicos lacedemonios. Se había terminado la partida: no teníamos dinero con el que comprar aceite, y no podíamos continuar nuestro camino.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo Zelda de repente. No sé por qué, pero esta observación me dejó más pasmado que ninguno de los incidentes que habían ocurrido a lo largo de todo el día.

—Acabo de acordarme.

¡Acababa de acordarse!

—Vamos a la comisaría y entreguémonos —dijo. Ante los apuros convencionales se queda sin recursos.

—No —le dije—. Iremos a la oficina de telégrafos de Spartansburg y les convenceremos de que telegrafíen a Greenville y reclamen nuestro dinero.

Zelda dudaba de que el agente de Spartansburg fuera a fiarse de nosotros. Como ella también es de Alabama, y carece por lo tanto de confianza en el Progreso, en cierto modo desconfiaba de que el dinero hubiese llagado ya a Greenville.

Llegamos a la oficina de telégrafos y, asomándonos a mirar por las ventanas de acuerdo con la tradición inveterada que siempre siguen los pobres, comprobamos que el agente de aquella oficina era un joven de rasgos amables. Entramos. El joven accedió a telegrafiar en nuestro nombre. Nosotros salimos a la calle, estuvimos sentados durante media hora en la Chatarra Rodante, viendo pasar con envidia a la bien alimentada gente de aquella población, hasta que por fin salió el agente y nos dijo que ya no estábamos sin un céntimo, sino que poseíamos trescientos dólares. Casi nos pusimos a llorar sobre su hombro, pero se negó a aceptar una propina.

Dejamos la Chatarra Rodante en el médico para que le hiciera un examen a fondo, y comimos en un restaurante griego, en donde una guapa espartana nos sirvió un pastel para celebrar el cumpleaños de Zelda. A fin de ponerle una conclusión adecuada a una jornada en la que habíamos sido culpables de circular por encima del límite de velocidad, soborno, negativa a pagar peaje y obtención de ayuda con pretextos falsos, adquirimos numerosas postales curiosas adornadas de buenas palabras y orlitas, y las enviamos a todos los rincones del país. Durante aquella jornada habíamos recorrido doscientos ochenta kilómetros, y por fin le habíamos roto el espinazo al viaje.

## IX

Al día siguiente, repleta de aceite, la Chatarra Rodante y Triunfal se sumergió en ríos inatravesables y superó monstruosos peñascos. Un mecánico de Anderson nos dijo que el Expenso tenía cien enfermedades diferentes, todas ellas incurables, y que no duraría otros cien kilómetros, pero como eran nuevas nos reímos en su cara. Pensábamos llegar a Montgomery la noche siguiente, a tiempo para la cena. Incluso consideramos la posibilidad de enviar un telegrama para avisar a los padres de Zelda, no fuera a ser que se llevaran una peligrosa conmoción al vernos aparecer, pero decidimos no hacerlo porque habíamos mantenido tanto tiempo nuestro secreto que ya era muy tarde para renunciar a él.

El hundimiento de Sansón, no lejos de la frontera de Georgia, fue solamente una calamidad cómica, pues, ¿acaso no seguía el viejo Lázaro fuertemente aferrado a la rueda trasera izquierda, último superviviente de los cinco neumáticos con los que habíamos salido de Westport? El bravo Lázaro, con sus calvas y sus abrasiones. Santa Claus, Hércules y Sansón, así como el neumático que abandonamos para que Mr. Bibelick hiciera con él goma de mascar, allá en Filadelfia, ya habían partido hacia el Paraíso del caucho, un cielo completamente desprovisto de clavos y cristales, y en donde siempre se está de repuesto.

Entramos en Georgia por un largo puente de hierro, y estallamos en un prolongado alarido de júbilo, pues Georgia estaba al lado de Alabama y Zelda había ido frecuentemente en coche desde Montgomery hasta lugares como Columbus o Atlanta para ver partidos de rugby. Las arenosas carreteras adquirieron un color celestial, el brillo de los árboles al sol nos resultaba amistoso, los negros que cantaban en los sembrados eran los negros de nuestro hogar. En todas las poblaciones por las que pasábamos Zelda declaraba entusiasmada que conocía a docenas de chicos de aquel lugar, sólo que no recordaba cómo se llamaban. Varias veces llegó al extremo de entrar en los drugstors para hojear listines en un fútil intento de localizar galanes que en tiempos bailaron con ella hasta el amanecer en Sewanee o en la Tech o en la Universidad de Alabama, pero los meses se lo habían llevado todo, excepto algún que otro nombre propio y unos cuantos recuerdos desdibujados.

Pasamos cerca de Athens, sede de la Universidad de Georgia. De haber tenido una avería incurable en este lugar, creo que nos habríamos hecho remolcar hasta Montgomery por un tiro de caballos; cualquier cosa antes de llegar sin nuestra Chatarra Rodante. Nos encontrábamos a solamente trescientos setenta y cinco kilómetros de distancia, y decidimos dormir en Athens, levantamos antes de que saliera el sol, y hacer el resto del viaje por la mañana. Hasta entonces no habíamos recorrido tantos kilómetros en un día, pero las carreteras de ahí abajo eran lisas y estaban secas, y sabíamos que podríamos hacer mejores promedios que en las Carolinas.

En el hotel nos dieron una habitación que parecía la sala de exposición de un vendedor ambulante: un cuarto enorme con mesas para el muestrario y aspecto en general de negocios, ocupada por los agradables fantasmas del perezoso mundo comercial del Sur. En las calles, las oscuras y balsámicas calles, vimos pasear a las chicas con sus almidonados vestiditos de muselina, chicas con demasiado carmín, pero tranquilas y susurrantes y en cierto modo seductoras a la luz de la cálida luna sureña. Nuestra ronda nocturna de postales parecía casi fuera de lugar: volvíamos a vivir normalmente, volvíamos a respirar el aire que tan bien conocimos un par de años antes en Montgomery. Vi en un quiosco unos cuantos números de Oíd King Brady y Young Wild West y, fascinado por los colores de sus portadas, me compré media docena. Estuvimos leyéndolos en la cama hasta las nueve en punto, momento en el cual, de acuerdo con nuestros planes para el día siguiente, apagamos la luz.

El teléfono sonó violentamente a las cuatro, y nos despertamos tan excitados como si fuera la mañana de un día de Navidad. Nos vestimos medio en sueños y bajamos tropezando a desayunar... ¡pero no había desayuno! Un somnoliento portero de noche se nos quedó mirando en son de burla cuando cruzamos el vestíbulo arrastrando el equipaje. Un somnoliento vigilante bostezó sonoramente cuando entré en el garaje de la acera de enfrente, iluminado por una luz solitaria y azul. Poco después nos encontrábamos instalados en los blandos y polvorientos asientos de cuero que tan bien conocíamos, saliendo a rastras de los últimos retazos de oscuridad, camino de Atlanta.

Apenas algo más que medio despiertos vimos cómo iba desarrollándose la mañana en un villorrio tras otro a medida que avanzábamos. En un pueblo estaban repartiendo leche; en el siguiente, un ama de casa somnolienta sacudía alguna cosa —quizá un niño— en un patio trasero. Luego, durante una hora fuimos adelantando numerosos grupos de negros que, cantando, se dirigían a los campos de algodón y al trabajo de las horas más calurosas.

Justo después de las ocho pasamos por Camp Gordon, donde en tiempos remotos estuve enseñando durante dos helados meses las reglas básicas del «pelotón, derecha» a jóvenes campesinos de Wisconsin; y más tarde la calle del Melocotonero



nos dio su sonriente y calurosa bienvenida con sus opulentas mansiones de los ricos de Atlanta, entre luminosas arboledas de pinos y palmeras.

Nos detuvimos en un pequeño café para desayunar, y luego salimos otra vez a la carretera para correr con nuestro cacharro por el polvo endurecido, en un auténtico delirio de placer. ¿Por qué no? Cuando llegara el ocaso habríamos viajado mil ochocientos kilómetros, atravesado toda la costa de un gran país, y reivindicado las virtudes de la Chatarra Rodante frente a todos los mecánicos de la cristiandad. Tan orgullosos nos sentíamos ahora que cuando un cachazudo echa-gasolina se nos quedó mirando nuestra matrícula de Connecticut le dijimos que Connecticut estaba a ocho mil kilómetros de distancia y que habíamos hecho todo ese trayecto en tres días.

No sólo nos jactábamos de nosotros mismos ante nosotros mismos, sino también de la Chatarra Rodante.

—¿Te acuerdas de cómo se tragó las colinas de Carolina?

—¿Y recuerdas cómo atravesó todos aquellos arroyos embarrados en los que se habían parado otros coches?

—Y cómo se tragó aquella carretera de Charlotte...

—Creo que es un coche maravilloso. Tiene algunos defectos, por supuesto, pero le sobra potencia.

—¡Nuestro buen Expenso!

A mediodía llegamos a West Point que, en contra de la opinión generalizada, no es una academia militar sino solamente la ciudad que separa Georgia de Alabama. Cruzamos el puente, y pisamos la tierra del estado que vio nacer a Zelda, la cuna de la Confederación, el rincón más profundo del Profundo Sur, objeto de nuestros sueños y objetivo de nuestro viaje. Pero estábamos tan excitados de sentimentalismo que no pudimos saborear la emoción de la llegada al nuevo territorio ni mucho menos distinguirla de todas las demás, igualmente inoportunas, que nos embargaron.

La tarde comenzó calurosísima. La carretera discurría por entre marjales arenosos saturados de húmedos vapores que emergían de una proliferación de musgo y en donde se creaba una atmósfera propia de invernadero. Nos detuvimos en Opelika para repostar gasolina. Al lado mismo se encontraba Auburn, sede del Alabama Polytechnic Institute. Fue allí donde Zelda conoció las mayores alegrías de su juventud, pues Auburn estaba íntimamente asociado a Montgomery de la misma manera que la Universidad, su institución fraternal, era parte de Birmingham. Auburn... ¡Bastaban esas pocas letras escritas apresuradamente en una carta para llenarme de inquietud con su anuncio de que Zelda se iba a Auburn para un baile, a ver un partido de rugby o a pasar simplemente un día de ocio...!

Cruzamos Tuskegee cuando el calor de la tarde comenzaba a desprenderse de la tierra como si de humo se tratara. En Tuskegee nos dejamos algo. Al principio no nos dimos cuenta, y era mejor que no lo supiéramos. En una tranquila calle de la ciudad en

reposo se nos cayó una pieza esencial de la Chatarra Rodante: desde Tuskegee en adelante nos quedamos sin los servicios de la batería. Con un movimiento limpio e imperceptible, había saltado del coche. Si en estos momentos nos hubiésemos detenido y parado el motor, aunque sólo hubiese sido durante un minuto, por mucha potencia que le hubiésemos aplicado no habríamos podido ponerlo otra vez en marcha.

A estas alturas hablábamos poco. Cuando nos adelantaba algún automóvil, sacábamos toda la cabeza por la ventanilla creyendo que pronto identificaríamos rostros conocidos. De repente Zelda se puso a llorar, a llorar porque todo estaba igual y sin embargo no era igual que siempre. Lloraba por su infidelidad, y por la infidelidad del tiempo. Luego apareció en el siempre cambiante paisaje una ciudad pequeña, agachada bajo los árboles que la protegían del calor.

Simultáneamente mis ojos captaron uno de los carteles más ridículos que jamás haya visto. Era una cosa enorme, deslucida y ajada que colgaba de una oreja en un poste torcido junto a la carretera. En letras casi ilegibles, punteadas irregularmente con bombillas difuntas, el cartel proclamaba que el viajero acababa de llegar a...

Montgomery

«Su oportunidad»

Estábamos en Montgomery: era para quedarse sin aliento; era increíble. Los viajes en tren son, hasta cierto punto, convincentes. El sueño tiende un puente por encima del misterioso salto. Notas que el cambio intrínseco que media entre una ciudad y otra se ha producido durante la noche. En cambio, ahora nos pareció imposible creer que la distancia recorrida un día, estrechamente unida a la recorrida al siguiente, habían terminado por traernos sanos y salvos hasta aquí. ¡Pero si Montgomery formaba parte de otro plano y resultaba que estábamos deslizándonos tranquilamente hacia allí, bajando por Dexter Avenue como si fuese una calle de Westport!

Eran las cinco en punto. Estábamos convencidos de que el Juez y Mrs. Cayre estarían en el porche. Nuestros corazones golpeteaban desesperadamente: ¡Mil Ochocientos Kilómetros! «Hola, qué tal», diríamos... ¿Seríamos capaces de mantener la calma, o caeríamos bruscamente desmayados, muertos? ¿Se rompería en pedazos la Chatarra Rodante ante nuestros atónitos ojos? ¿Cómo quedaría expresada la tremenda vitalidad de nuestro éxito, así como la inesperada tristeza del final del viaje, del propio Sur, del pasado que ella y yo habíamos vivido juntos en esta ciudad?

Doblamos la última esquina y estiramos los cuellos para mirar. Detuvimos el coche delante de casa de Zelda.

No había nadie en el porche. Abrimos con mano nerviosa la puerta del coche, nos apeamos, y ascendimos presurosamente los peldaños de la entrada. Capté media docena de diarios enrollados en cilindros, para permitir su reparto rápido, en un rincón

del porche, y un horrible presentimiento me recorrió de pies a cabeza. Zelda estaba junto a la puerta cerrada, la mano en el tirador.

—Pero... ¡si está cerrada! —exclamó—. ¡Cerrada!

Fue como si me hubiese alcanzado un rayo.

—¡Está cerrada! —Zelda no controlaba su voz—. ¡No están en casa!

Intenté abrir la puerta. Conté los diarios.

—Hace tres días que se fueron.

—Es horroroso.

A Zelda le temblaba el labio inferior. Intenté concebir alguna clase de esperanza.

—Probablemente están en... bueno, en el campo o algo así. Probablemente mañana estén de regreso.

Pero las persianas estaban echadas. Toda la casa tenía aire de abandonada.

—¡Mi propia casa, y cerrada! —Zelda hablaba en tono de incredulidad, casi de terror.

Hasta que sonó la voz de una mujer. Zelda se volvió y reconoció a la vecina de al lado.

—Zelda Sayre, ¿se puede saber qué has venido a hacer por aquí?

—Mi casa está cerrada —dijo Zelda en tono tenso—. ¿Qué ocurre?

—Nada —exclamó amablemente sorprendida la mujer—. Nada. El Juez y Mrs. Sayre salieron el domingo por la noche hacia Connecticut. Querían daros una sorpresa. Caray, Zelda, criatura, no me digas que has bajado todo ese camino en automóvil...

Zelda se sentó repentinamente en la escalera y recostó la cabeza contra un poste.

—Eso fue lo que dijeron —prosiguió la vecina—. Dijeron que iban a daros una sorpresa.

¡Ah, y qué duro era que lo hubiesen conseguido, y hasta ese punto!

Y fue así como finalmente llegamos a puerto. Me pregunto si alguna vez una aventura como ésta llega a ser merecedora de todo el entusiasmo invertido en ella, y de todas las ilusiones finalmente perdidas. Sólo los muy jóvenes o los muy viejos pueden permitirse expectativas tan voluminosas y decepciones tan amargas. Y si alguien me hubiese preguntado en ese momento si lo haría otra vez, mi respuesta habría sido un estentóreo NO.

Sin embargo... He descubierto últimamente en mí mismo una tendencia a comprar grandes mapas y estudiarlos detenidamente, a preguntar en los garajes por el estado de las carreteras; a veces, justo antes de echarme a dormir, ciertas Mecas lejanas se me acercan brillantes por entre mis sueños, y le hablo a Zelda de blancas carreteras que se deslizan bajo el ocaso y por entre verdes sembrados camino de una tierra encantada. Tenemos un buen coche —nada de Chatarras Rodantes: un Inexpenso—, lo miramos, nos preguntamos si es suficientemente robusto y potente como para

escalar colinas y sumergirse en arroyos, como el otro. Actualmente, cuando nos piden nuestra opinión, siempre decimos que no hay ningún coche como un buen Expenso...

Pero se está haciendo tarde y tengo que ponerle fin a este relato. Después de la catástrofe, tratamos de poner el coche en marcha con intención de ir a casa de la hermana de Zelda, pero descubrimos que la batería había desaparecido. Semanas más tarde averiguamos, accidentalmente, que sus magullados restos habían sido descubiertos en Tuskagee. La pérdida de la batería fue el golpe definitivo, y durante un buen rato nos pareció que el mundo era negrísimo. Pero corrió la voz de que Zelda había vuelto a casa, y minutos después comenzaron a acercarse a la puerta numerosísimos automóviles, y se formó un racimo de caras conocidas a nuestro alrededor: caras divertidas, asombradas, simpáticas, y todas animadas de verdadero placer por su regreso. De manera que al cabo de un rato nuestra decepción se fue apagando y terminó por desaparecer, como todas las cosas.

Vendimos la Chatarra Rodante en Montgomery: no hará falta decir que habíamos decidido regresar a Westport en tren. No conozco de su posterior historia todos los detalles que yo quisiera. Pasó de un hombre al que yo conocía ligeramente a otro a quien no conocía en absoluto, de modo que le perdí para siempre la pista. Quién sabe. Tal vez esté todavía yendo y viniendo entre Durham y Greensboro, con el fiel Lázaro descansando por fin en la rejilla de la rueda de repuesto. Tal vez, menos errática y tan robusta como siempre, la Chatarra Rodante esté desconcertando aún a los garajistas y dando sustos a los salteadores de los marjales de Virginia. Tal vez se haya descompuesto en sus piezas, y haya perdido su identidad y su alma mortal, o quizá haya perecido víctima del fuego o ahogada en el océano. Mi afecto te acompaña Chatarra Rodante, te acompaña a ti y a todos los cacharros que iluminaron mi juventud y se deslizaron cargados de promesas o de esperanzas por todas las carreteras que he recorrido, unas carreteras que todavía discurren, menos blancas, menos deslumbrantes, bajo las estrellas y los truenos y el recurrente e inevitable sol.